CARTAS

DE

NINON DE LENCLÓS

AL MARQUES DE SÉVIGNÉ,

aumentadas con la vida de aquella y adornadas con su retrato.

TRADUCIDAS DEL FRANCES

POR

J. R. Losañez.

Felix qui potuit rerum cognoscere causas.
VIRG. GERG. L. 2.

TOMO II.

MADRID, 1844.
EN LA IMPRENTA DE D. ANTONIO YENES,
calle de Segovia, núm. 6.

CARTAS

DE NINON DE LENCLÓS

AL MARQUES DE SÉVIGNÉ.

CARTA XLI.

"Sois uno de los hombres mas amables que conozco, decia yo un dia al caballero de Coulanges: cada momento que paso á vuestro lado me proporcionais nuevos placeres; pero nunca os he visto tan seductor como el dia que cenamos en casa de la Sra... Aquel dia os escedisteis á vos mismo. Pero, satisfaced mi curiosidad: presumo que teniais alguna razon particular para mostrar tanta alegria: ¿me he equivocado?—Seguramente que no, replicó con satisfaccion; tenia en efecto mis razones particulares para proceder asi, y no quiero hacer de ellas un misterio. Sospechan que estoy apasionado de la marquesa... Estas sospechas son harto fundadas.

Antes de servir la cena pude aprovechar un momento favorable para hablarla de mi pasion. La habia instado que me proporcionase los medios de hablarla con mas facilidad que hasta entonces: en vano protesté que no tenia parte en mis instancias ningun objeto que pudiese mancillar su gloria; se dió por ofendida de mi proposicion, pretendió que la ultrajaba y llegó hasta á amenazarme de que me impondria silencio, supuesto que abusaba de su bondad. Por ultimo me dejó, no con un enfado, que me hubiera sido de agüero favorable, sino con cierto desden que me incomodó. El primer designio que mi ofendida vanidad me sugirió fué de tratarla con indiferencia el resto de la noche; mas despues de haber reflexionado me resolví á tomar otro partido. Si me mostraba resentido iba á causar fastidio á toda la reunion, y á dar á la marquesa una idea muy poco favorable de mí mismo; preferí pues obligarla á arrepentirse de su severidad, y tratarla con cierto respeto mezclado de un dolor tímido y afectuoso que no pudiese menos de lisonjearla. Puse en juego mis cor-

tos conocimientos y produgeron los versos mas espresivos que he compuesto en mi vida. Era mi objeto parecer amable no solo á sus ojos, sino á los de todas las demas mugeres; y hasta los aplausos de los hombres me parecieron necesarios á mi objeto.

Quise obligar á aquella cruel á gloriarse interiormente de ser amada por un hombre digno de ser correspondido y me proponia adelantar mucho si la hacia temer que alguna de nuestras convidadas, mas juiciosa, llegaba á conocer el valor de una conquista que ella aparentaba despreciar. ¡Qué de ventajas no logramos sabiendo sacar partido de los celos! Jamas se resiente una muger de que su amante agrade á muchas, con tal que ella sea siempre preferida; pues son otros tantos triunfos para su orgullo. Todo correspondió á mis esperanzas. La presidenta, ya os acordareis me convido á cenar la siguiente noche. Sus deferencias inquietaron á la marquesa, que reunió sus aplausos á los que los demas me tributaban; sus ojos se animaron, repitió mis versos, se complació en ser objeto de ellos insultando asi á las

demas mugeres; en una palabra quedó satisfecha de sí misma. Terminada la cena entramos en el jardin, la ofrecí mi brazo, conocí que le buscaba; la hablé de amor y me oyó sin enfado; repetí las instancias que dos horas antes habian causado mi desgracia, y me concedió una cita, pero con la condicion de que no iria á cenar á casa de la presidenta.

"En mi mano hubiera estado el retrasar mis negocios por medio de la severidad, de las reconvenciones, ó de la frialdad aparente, pero estos medios escitan el orgullo de una muger. Esta conducta anuncia un hombre que cree tener derechos y quiere abusar de ellos. Los rigores han sido en todo tiempo los aguijones del amor; pero un amante entendido inventa nuevas armas, y nunca son tan rápidos sus progresos, como cuando los obstáculos han aumentado la vivacidad de los ataques. No digamos jamas á una muger que hace mal en maltratarnos, no nos quejemos de su severidad; entonces es cuando debemos ostentar todo nuestro ingenio y parecerla tan amables, que tenga que arre-

pentirse de su injusticia, y que se castigue á sí misma tratando de hacérnosla olvidar."

Ya habreis sin duda conocido, marqués, cual es mi objeto al referiros esa aventura; habeis desagradado á la condesa con solicitudes harto notables: en vez de reconvenirla seguid el ejemplo de Mr. Coulanges, y este es el mejor consejo que puedo daros.

CARTA XLII.

No os equivocais, caballero: la aficion y buen gusto de la condesa para el piano, aumentan demasiado vuestro amor y retardan su derrota. Las mugeres no conocen las ventajas que pueden sacar de su talento. ¿Hay algun momento en que deje de serlas de una estrema utilidad? La mayor parte se figuran que solo tienen que temer la presencia del objeto amado. Es cierto que entonces tienen que combatir dos enemigos, el amante y el amor. Pero aun cuando el amante

se retire, no por eso deja de quedarse el amor alojado en sus corazones, y los progresos que hace en la soledad, aunque menos sensibles, son mucho mas peligrosos. Entonces es cuando la ejecucion de una pieza de Lully, el dibujo de una flor, la lectura de una obra de mérito, separan el pensamiento de un recuerdo demasiado seductor y fijan la atencion sobre objetos útiles. Todas las ocupaciones que distraen el espíritu son otros tantos robos hechos al amor.

Si la inclinacion trae un amante á nuestros pies, qué puede prometerse de una joven cuyo mérito solo consiste en amabilidad y belleza. ¿Si en su conversacion no encuentra ningun recreo, ninguna variedad, que puede hacer apreciables los momentos á su lado? El amor es una inclinacion ctiva, un fuego devorador que exige en cada instante nuevos combustibles; si solo puede ejercer su actividad sobre objetos sensibles, en ellos se fija, de una manera esclusiva y constante. Quereis que os diga mas. ¿Cuando el espiritu no está ocupado es indispensable que los sentidos lo esten. Entonces se acciona: y yo creo

que no tarda mucho en hacerse sentir la necesidad de hablar por medio de demostraciones á una persona que juzgamos incapaz de comprender un lenguage mas delicado. Por defenderse de una caricia demasiado espresiva, ó por estorbar una empresa temeraria, no acredita una muger su prudencia ni preserva su virtud. La que dá lugar á ser acometida de ese modo, por mas que se defienda no puede evitar que sus sentidos se irriten, y la agitacion que causa la resistencia la conduce á la derrota y sucumbe combatiendo. Pero si sabe distraer la atencion de su amante á otros objetos no dará lugar á su atrevimiento ni tendrá que darse por ofendida de libertades á que acaso ella misma habrá dado lugar; porque es demasiado cierto que si los hombres se esceden, es solo con aquellas mugeres que lo apetecen. No encontrareis uno, á menos que no carezca absolutamente de educacion, que no tenga un discernimiento justo sobre el grado de familiaridad que debe permitirse. Por eso no me compadezco de todas aquellas que se quejan de que sus amantes se han propasado: si las examinais con cuidado, ve-

reis que sus imprudencias han sido la causa. Ellas mismas deseaban que se propasasen. La falta de cultura puede esponernos á los mismos inconvenientes; con una muger sin talento, sin discrecion, que otra cosa puede hacerse sino importunarla? El único medio de matar el tiempo á su lado es fastidiarla: solo se la puede hablar de su hermosura, y de la impresion que ha hecho en el corazon; y para esplicar esta pasion no puede emplearse otro lenguage que el de las pasiones. Ella misma no se persuade de vuestro amor, no corresponde á él, no os recompensa, sino con el ausilio de los sentidos, dejándoos entrever una agitacion igual á la vuestra, ó bien su prudencia, ya espirante, no encuentra otra arma que oponeros que el enfado, última trinchera de una muger sin talento. Pero ¡qué trinchera! Cuál es, por el contrario, la ventaja de una muger entendida y bien educada? Una contestacion improvisada, una burla picante, una disputa sazonada con un sí es no es de malignidad, una ocurrencia feliz, una historia referida con gracia, ¿no son para ella otras tantas distracciones, y el tiem-

po que asi emplea no le gana para la virtud?

La mayor desgracia de las mugeres es sin duda alguna no poder ocuparse de objetos dignos de su atencion: por eso es el amor en ellas mucho mas violento que en los hombres; pero tienen una inclinacion que, bien dirijida, puede servirlas de antídoto. Todas son por lo menos tan vanas como sensibles, y la vanidad pudiera muy bien servir á la sensibilidad de correctivo. Mientras que una muger se ocupe de agradar de otro modo que por la fisonomia, perderá de vista la pasion que la hace obrar asi. A la verdad que esta pasion no dejará de ser el motivo *determinador* (me permitireis, marqués, que use algun término del arte); pero no será entonces el objeto actual y presente á su atencion, y esto ya es algo. Entregada enteramente al cuidado de perfeccionarse en el género de gloria que quiere adquirir, ese mismo deseo, cuyo origen será el amor, se volverá contra el amor mismo, dividiendo la atencion entre los afectos del corazon y la ocupacion del espíritu; en una palabra formará una agradable distraccion.

Con que segun eso, me direis, las mugeres de talento estan al abrigo de todo riesgo; y acaso saqueis por conclusion que los hombres, aun sin odiar la facilidad, deben huir de semejantes mugeres, y que sin embargo vemos asi á los discretos como á los majaderos aficionarse á ellas. Es cierto; pero los tontos, si se enamoran, es porque no conocen la dificultad de la conquista, y los sábios porque quieren superarla.

Por lo demas, vos que sois militar no llegareis á apreciar cuanto acabo de deciros? Supongamos que en la próxima campaña os confian la direccion del sitio de una plaza; ¿quedareis satisfecho si el gobernador de ella persuadido de que no es inexpunable, os abre las puertas antes de haberos proporcionado la mas mínima ocasion de distinguiros? Sin duda alguna que no: es preciso que se resista, que por maniobras bien dirijidas os dé lugar á hacer brillar vuestro valor y talento. Cuanto mas cuide de su gloria mas facilita la vuestra. Pues bien, marqués, asi en el amor como en la guerra el mérito de la victoria se mide por los obtáculos que cues-

ta; y si mucho me apurais confesaré que la verdadera gloria de una muger consiste no tanto en no rendirse, como en oponer una heróica resistencia para merecer los honores de la guerra.

Llevemos la cuestion mas adelante: si una muger es bastante débil para dejarse vencer, ¿qué medio la queda para sujetar un amante feliz, como no llame en su ausilio los dotes de su talento, ó las gracias de su imaginacion? Bien sé que estas ventajas no se encuentran con facilidad; sin embargo, hay alguna muger que si lo tomase con empeño no pudiese proporcionarse algunas? Pero casi todas han nacido harto perezosas para ser capaces de semejante esfuerzo: han creido que nada era mas cómodo que ser bonitas; este modo de agradar ninguna aplicacion exige por parte del espíritu, y ellas quisieran que no hubiese ninguno otro. ¡Que ciegas son! no ven mas que la belleza, y olvidan que los talentos las atraen igualmente la atencion de los hombres; con la diferencia de que la belleza no hace mas que esponer á la que la posee, al paso que el ta-

lento la procura medios para defenderse. Si fijan la atencion observarán que esa belleza que tanto apetecen solo ocasiona sentimientos y un fastidio mortal para el tiempo en que deje de existir: ¿quereis saber la razon? pues no es otra que el haber hecho descuidar todos los demas recursos. Mientras dura su brillo se vé considerada, aplaudida, deseada y rodeada de una escogida corte; y se lisongea que aquellos obsequios la han de durar toda la vida... ¡Pero qué espantosa soledad la suya cuando la edad llega á arrebatarla el único mérito que la hacia apreciar! Yo quisiera (mi espresion no será noble, pero daré á conocer mi idea), quisiera que la belleza en una muger solo sirviese de bandera á todas las demas ventajas.

Asi caballero, en el amor el talento es el que mas debe usarse. Un lazo amoroso es un drama en el cual los actos son demasiado cortos y los entreactos muy prolongados. ¿De qué modo, decidme, quereis llenar los intermedios sino es por el talento? Los goces nivelan á todas las mugeres, y las esponen á la infidelidad. La hermosa, la bo-

nita, no tienen en cuanto á este particular ninguna ventaja sobre las que no lo son. La discrecion es la única que puede establecer alguna diferencia. Ella sola puede hacer ostentar en una misma persona esa variedad, tan necesaria para evitar el disgusto. Por último, solo el talento puede llenar el vacio de una pasion satisfecha, y esta es la prenda mas apreciable que podemos tener en cualquiera situacion que nos supongan; ya sea para dilatar nuestro vencimiento y hacerle mas agradable, ya para asegurar nuestras conquistas. Los mismos amantes disfrutan de esas ventajas. ¡Cuántas cosas llegan á merecer aunque á primera vista les parezcan dificiles. La condesa, cultivando su aficion al piano conoce demasiado sus intereses y los vuestros.

He leido mi carta, querido Marqués, y temo que la encontreis un poco séria. Ved ahí lo que es reunirse á malas compañias: anoche cené con Mr. de la Rochefoucault, y siempre que le veo se me contagia su pesadez á lo menos por tres ó cuatro dias.

CARTA XLIII.

Soy del mismo parecer, marqués; la condesa os castiga harto severamente por la declaracion que la habeis sorprendido; y ¿qué culpa teneis de que se la haya escapado su secreto? Ella ha adelantado mucho para poder retroceder. Pueden esperimentarse reacciones en favor del raciocinio, pero llegar hasta el estremo de rehusar de veros durante tres dias seguidos, anunciar que va al campo por un mes, devolver los billetes amorosos sin dignarse abrirlos, es á mi parecer un verdadero capricho de virtud. Pero no desespereis: si la fuéseis indiferente, creedme, seria menos severa.

No os sorprendais: en semejantes ocasiones el enfado de una muger es menos contrario al amante que á ella misma. Si asi obra es á despecho suyo, y su debilidad está dispuesta á venderla á cada momento. Os castiga y se castiga á sí misma maltratándoos; pero estad bien persuadido que en un

dia de semejantes caprichos adelantan los negocios de un amante mas que en un año de asiduidades y desvelos. No pasa mucho tiempo sin que la muger se reprenda de haberle maltratado, se cree injusta, quiere reparar su falta, y termina por hacerse benéfica. ¿Habeis notado si acaso dá la preferencia á algun rival? Si no es asi, es preciso que sigais el consejo de Montagne: "Un hombre »enamorado, dice, no debe abandonar su em»presa por ser despreciado, con tal que ese »desprecio sea por castidad, no por eleccion."

Pero no puedo volver de mi admiracion, cuando me asegurais que desde que la condesa ha dado muestras de amaros ha cambiado enteramente su caracter; cuando empezásteis á visitarla era viva hasta el atolondramiento, desatenta, decidida y aun hasta coqueta: parecia incapaz de una adhesion razonable. Hoy la encontrais con una seriedad melancólica; es distraida, tímida, afectuosa: el sentimiento ha sucedido á las impresiones lijeras y volubles, y un tono natural ha sostituido á la afectacion. Todo eso pondria en derrota mi filosofia si no reconoTomo II. 2

ciese en esa metamórfosis los efectos del amor: no lo dudeis; él es quien ha producido una revolucion tan pronta. ¿Debeis incomodaros por eso? La tormenta que ahora esperimentais os anuncia la victoria mas completa, victoria tanto mas segura, que hubieran hecho todo lo posible por disputárosla. Tranquilizaos, pues; las mugeres tienen un fondo inagotable de bondad para con los hombres á quienes aman: los que nos conocen no lo ignoran, y esto es lo que los hacen soportables los malos tratamientos de sus queridas. Saben que su presencia, sus desvelos, el dolor que afectan, hacen su efecto, y al fin desarman nuestra altivez. Se persuaden que aquellos á quienes nuestra virtud desecha son precisamente los que mas tememos y por desgracia aciertan; porque si los alejamos es porque no estamos seguras de poder resistirlos. Por poco razonable que sea una muger, empieza siempre por una heroica defensa; solo un poco de altivez necesita para hacerla determinarse. Pero si por desgracia perseverais en atacarla, llega al fin á ceder, y vosotros sois tan poco delicados, que con tal que ob-

tengais su corazon, poco os importa deberle á vuestras importunidades ó á su consentimiento.

Lo repito, marqués, las escesivas precauciones que se toman contra vos dan á conocer lo temido que sois. Si fuéseis un objeto indiferente, ¿se tomarian la molestia de huiros? ¿os harian el honor de temeros? Pero yo sé muy bien lo poco razonables que son los amantes. Ingeniosos siempre en atormentarse, tiene tal fuerza en ellos la costumbre de no ocuparse sino de un solo objeto, que prefieren pensar en él desagradablemente, á fijar su imaginacion en otro. Sin embargo, os compadezco: enamorado como lo estais, no puede dejar de ser dolorosa vuestra situacion.

CARTA XLIV.

¡Emprender la seduccion de la hija do vuestro agente de negocios para consolarse de los rigores de vuestra amada!... Lindo pasatiempo, caballero, y seguramente me sorpren-

dería el que creyéseis hallar en mis lecciones disculpa para un proyecto de esa especie. Nada mas apreciable á mis ojos que un hombre enamorado, pero nada mas odioso que un seductor. El primero, arrebatado por una inclinacion que le domina, trata de conmover el corazon de la muger que posee el suyo; es un cambio, no un robo el que se propone. Si á un amor tierno reune todos aquellos dotes que pueden inspirarle, ¿será un crimen el querer utilizar esas ventajas? Estudia los deseos, el genial, el caracter del objeto amado, y conforma con él sus sentimientos, sus modales, su modo de vivir; descubre al fin el camino de su corazon y logra comunicar el fuego que le abrasa: el entusiasmo se iguala por una y otra parte: ¿qué podrán echarle en cara? Si ocasiona debilidades, son el premio del amor, la recompensa del mérito.

¡Pero cuán diferente es un seductor! Sin amor, sin ninguna clase de miramientos, conducido únicamente por sentimientos nada delicados, no desea la posesion del corazon, sino la de la persona; ansía mas obtener un

favor que encender una pasion; mas escitar los sentidos que conmover el alma; con tal de lograr sus deseos, todos los medios de conseguirlo le son iguales: para él nada es difícil, injusto, ni humillante. La felicidad, la reputacion del desgraciado objeto de sus tentativas es lo que menos ocupa su imaginacion: el artificio, la falsedad forman su caracter. Representa con sangre fria el papel de enamorado, y afecta una pasion fingida por escitar una verdadera y sacar partido de ella. Se anuncia como esclavo y reina como tirano; y el abuso que hace de un crédito usurpado descubre sus verdaderos sentimientos y concluye por hacerle aborrecible.

Mucho siento decíroslo, marqués, pero ved ahí la idea que formaré de vos, si insistis en vuestro designio. Nadie es mas indulgente que yo en cuanto á las locuras de los amantes; pero cuando las cosas son de tanta consecuencia me figuro que tocan al honor, y me acuerdo que si no afecto todas las virtudes de mi sexo, tengo al menos las de un hombre pundonoroso: ¡que no puede inspirároslas en esta ocasion!...

CARTA XLV.

Bien conozco, marqués, que os conducireis con mas delicadeza que un seductor cualquiera; pero por mas que hagais, ¿podreis lisonjearos de ser amado? Supongo que hayais agradado de veras á la joven de quien me hablais, y que consienta en deberos la libertad; la habreis sustraido de unos padres duros é indigentes; la habreis proporcionado la abundancia, contareis con su reconocimiento: os figurareis que os ha confiado su suerte por un estremo de amor! Vanas ilusiones, que la seducirán á ella misma! Ella creerá como vos que no ha hecho mas que seguir su gusto; pero llegara á conocer, aunque tarde, que no ha hecho mas que ceder á la inclinacion que todos tenemos por la independencia. Si tiene principios, no bien habrá cometido la falta en que la hayais hecho incurrir, cuando la virtud reco-

brará en ella su imperio. Y ¿creeis que podrá ver por mucho tiempo con placer á aquel á quien no puede mirar sin remordimientos? Su misma altivez puede oponer un obstáculo á vuestros placeres: la humillarán vuestros beneficios; temerá que considereis su amor como un premio de vuestra generosidad, y acaso se avergonzará en recibir nada de su amante. Nadie puede considerarse envilecido sin que todas las facultades del alma sean degradadas: un corazon que no se atreve á fijar sus miradas sobre sí mismo, ¿puede colocarse en la altura suficiente para haceros perfectamente feliz? Veo pues, que sucederá una de dos cosas; si la persona de quien me hablais carece de delicadeza no conocerá la especie de injuria que la haceis con vuestros beneficios, pero tampoco sabrá dar á las pruebas de su agradecimiento aquel encanto que el hombre de talento espera encontrar en ellas. Si tiene delicadeza, esa misma delicadeza cerrará su corazon al amor; conocerá que quereis comprar una cosa que no es posible apreciar; y desde aquel momento se juzgará tanto mas dispensada del

agradecimiento, cuanto que creerá que siguiendo vuestros intentos habrá de abandonar esa misma delicadeza de que hace alarde; y aun podeis daros por dichoso si no dá en presumir que se envileceria si diese al interés lo que solo puede ser premio del amor. En vano os lisonjeareis de hacerla olvidar vuestros beneficios, y aun de olvidarlos vos mismo: ella se acordará por vos. Os creereis con derechos y no podreis dejar de darlo á entender; en vez de pedir, de merecer, exigireis; y desde entonces, á dios amor. Los favores solo tienen valor mientras que son gratuitos; y ni el amante se gloría de obtenerlos, ni la querida de concederlos, sino mientras son un don y no el pago de una deuda.

Por último, si os determina la esperanza de hallar placeres fáciles en el arreglo que proyectais, los hallareis en efecto; pero cuidado que no es esto lo mejor que puede sucederos. ¿Ignorais aquel axioma tan repetido de que: No es la posesion tranquila de un bien lo que nos hace felices, sino la agitacion que nos causa el adquirirle, los desvelos que nos cuesta el conseguirle y conservarle?

Sin embargo, es preciso deciros mi opinion en este particular. No pretendo que sea absolutamente imposible ser amado en el caso de que hablamos, pero, ¡qué pocos hombres son capaces de tratar entonces á una muger cual convendria para obtener su corazon! ¡Con qué destreza deberian conducirse para hacerla olvidar el bien que ha recibido y el reconocimiento á que se cree obligada! ¡Qué de inquietudes no deben atormentarla en cuanto á la opinion que él haya formado sobre sus sentimientos! «¡Ay, decia un dia una amiga mia al conde de.... no dudo que os considerareis dichoso en dividir vuestra fortuna con una muger á quien ameis; pero eso no basta para mi felicidad: tranquilizadme: cien veces al dia, me atormenta la idea, de la causa que dareis á la pasion que os profeso: cuánto me injuriariais si sospechábreis que era efecto del reconocimiento! No se qué idea daros sobre mi modo de pensar, pero podeis estar seguro de que mi afecto no se funda para nada en vuestros beneficios. Solo el amor puede pagar al amor, y este es el origen de mi cariño. No

me quejo de ser rica, al contrario, me complazco en deberos mi bienestar, porque imagino que vuestros beneficios son otros tantos lazos que nos estrechan. Es un placer grande para mí el ver que diariamente multiplicais esos beneficios, aunque desde el primer momento debiese haber quedado satisfecha nuestra generosidad; porque al paso que los multiplicais os tomais tanta molestia por ocultarlos ó por disminuir su valor, como otros se tomarian por exagerarle: sabeis sazonarlos con todo aquello que los puede hacer mas agradables; como si ya no lo fuesen demasiado por venir de la mano de que proceden; y cuando los he recibido, cargais con todo el agradecimiento, como si yo os favoreciese al aceptarlos. ¿Quereis que os lo diga? pues tengo motivos para reprenderos. El estado en que me hallo esparce cierta amargura sobre las flores que derramais en torno mio: vuestra generosidad me arrebata, no diré el mérito de amaros gratuitamente (que esto sería acaso haceros justicia); pero sí la dulzura de probaros que os amo por vos mismo, que debeis mi corazon al amor

mas tierno; que poseeriais igualmente mi corazon y mi persona, que seriais igualmente el objeto de todos mis deseos y el autor de mi felicidad, si la suerte me hubiese colocado en vuestro lugar y á vos en el mio." ¿Encontrareis, marqués, muchas mugeres que piensen con tal delicadeza?

Con respecto á mí, si la fortuna me hubiese maltratado hasta el estremo de obligarme á ver un bienhechor en un amante, todo lo mas que hubiera yo temido hubiese sido que hiciera de mí la mas ingrata de todas las criaturas. ¡Qué desinterés no le hubiera sido preciso mostrar en los efuerzos que hubiera hecho para suavizar mi situacion! ¡Qué destreza para ofrecerme presentes tan capaces de humillarme cuando se entrevee el objeto! ¡Qué de rodeos para hacerme aceptar socorros que solo hubiera yo querido deber á la generosidad! ¡Cuánta circunspeccion hubiera necesitado para demostrarme sentimientos mas tiernos que los de la pura amistad! ¡Cuánta timidez en los progresos de su amor; en fin qué de respeto en el trato íntimo y familiar! Pero si

hay pocos hombres capaces de proceder de esa manera, ¿hay tampoco muchas mugeres que lo merezcan? En tales ocasiones, suelen prendarse por lo general, sin conocerse suficientemente: la casualidad, las conveniencias, la necesidad, ocupan el lugar del amor. De ahí procede la poca sinceridad y fidelidad que reinan en esa clase de amoríos. Ademas, marqués, sois muy jóven aun para acomodaros de ese modo, y estoy persuadida de que antes de recibir mi carta habreis mudado de parecer. Una mirada de la condesa bastará para desvanecer vuestro proyecto.

CARTA XLVI.

Celebro infinito saber, antes de mi marcha al campo, que ya os hallais mas tranquilo. Os confesaré francamente que si la condesa hubiese perseverado en trataros con la misma severidad, hubiera creido, no que fuese insensible, sino que teniais un rival

correspondido. Sabeis por qué? porque nunca es menos tratable una muger que cuando en los brazos de un amante dichoso adquiere la virtud contra los demas hombres.

Lo que me decís me prueba que sois amado, y que lo sois vos solo. Quisiera que me diéseis noticias seguras y repetidas, pues quiero examinar por mí misma á la condesa. Sin duda os sorprenderá esta resolucion pero cesará vuestra sorpresa cuando sepais que la casa de Madame la Sabliere, donde voy á pasar unos dias está inmediata á las posesiones de vuestra amable viuda. Me decis que acaba de marchar á ellas, y si á la franqueza que concede la vecindad reunís el desmesurado deseo que tengo de conocerla, saldreis de la sorpresa que puede haberos causado la promesa que acabo de haceros.... No tengo tiempo para concluir mi carta ni para enviárosla: me precisa marchar al instante: mi compañera de viaje me embroma de una manera estraña y presume que estoy escribiendo un billete amoroso: yo la dejo en su error y doblo este papel para continuar mi carta en el campo. A dios. ¿Que la en-

fermedad de Madame de Gigñau no os permitirá venir á visitarnos en nuestra soledad?

Casa de campo de....

Os escribo en casa de la condesa, mi querido Marqués, y hoy es el tercer dia que paso en sus posesiones: estoy en buenas relaciones con la señora de la casa; es una muger adorable; estoy prendada de ella, y muchas veces dudo si mereceis poseer un corazon como el suyo. Ya me teneis hecha su íntima confidente: me ha dicho cuanto piensa con respecto á vos, y antes de mi regreso á la corte espero descubrir las razones del cambio que habeis notado en su carácter. No me atrevo á decir mas, porque podrian venir á mi habitacion y no quiero que sepan que os escribo desde aquí. Adios.

CARTA XXVII.

Cuántas cosas tengo que deciros, mar-

qués. Me preparaba á cumpliros mi palabra y proyectaba usar de sutileza con la condesa para arrancarla su secreto; pero la casualidad me ha servido mejor que podia apetecer. No ignorais su confianza con M. de la Sabliere; conversaba poco há con él en uno de los bosquecillos del jardin: yo atravesaba una calle de árboles para ir á reunirme con ellos; estaba ya muy próxima, cuando oí vuestro nombre; suspendí mi proyecto y advertí que no me habian visto; escuché su conversacion y me apresuro á comunicárosla palabra por palabra.

"Ya que no he podido ocultar á vuestra penetracion mi inclinacion á M. de Sevigné no quiero haceros de ella una confianza á medias. No estraño el que no podais conciliar lo sério de una pasion tan decidida con el carácter de frivolidad que me suponen. Mas os admirareis todavia cuando sepais que mi carácter esterior no es el verdadero, que la gravedad que hoy os ha chocado es la vuelta á mi verdadero carácter y que si he sido coqueta únicamente ha sido por cálculo. Acaso os figurareis que las mugeres solo sabian

disimular sus defectos; pero llevan aun mas adelante su disimulo, caballero, y yo soy un ejemplo; saben disfrazar hasta sus virtudes. Me dan ideas ya que se me ha escapado esa palabra, de referiros la singular graduacion por donde llegué hasta ese punto.

"Durante mi matrimonio he vivido en el retiro: bien conociais al conde, y sabiais su aficion á la soledad. Cuando enviudé, traté de volver al mundo, pero no fué poco trabajo para mí el decidir el modo de presentarme. Me consultaba á mí misma, y en vano trataba de ocultarme la inclinacion á los placeres de la sociedad; es verdad que estaba resuelta al mismo tiempo á conservar mi pureza en las costumbres. ¿Era posible conciliar estos estremos?... Me pareció muy difícil formarme un sistema de conducta, que sin comprometerme, me proporcionase las dulzuras de la vida.

"Ved aqui como raciocinaba: destinadas á vivir entre los hombres; formadas para complacerlos, para contribuir á su felicidad, debemos tambien participar de sus reveses, y sobre todo tenemos que temer su

malignidad. Parece que no se proponen otra cosa en nuestra educacion, sino hacernos propias para el amor: esta es tambien la única pasion que nos permiten, y por una estraña contradiccion, no nos dejan mas que una gloria que adquirir, y es precisaménte la de resistir á aquella inclinacion. Examiné pues los medios de que podia valerme para reunir en la práctica dos estremos tan diametralmente opuestos, y por todas partes encontraba inconvenientes.

» Somos muy sencillas, decia yo, cuando entramos en la sociedad para imaginar que la mayor felicidad de una muger seria amar y ser amada. Suponemos entonces que el amor está fundado sobre la estimacion: sostenido por el conocimiento de las cualidades apreciables; purificado por la delicadeza de sentimientos, desprendido de todas las miras interesadas que le achacan, mantenido por la confianza y por las espansiones del corazon: pero desgraciadamente esta idea tan lisonjera para una muger sin esperiencia, no existe en la realidad; y cuando llega el desengaño es demasiado tarde.

»Lo que mas me incomodó contra los hombres á mi entrada en el mundo, fué su falsedad y su inconstancia; pero despues he esperimentado que este último defecto los hace mas desgraciados que culpables; segun las inclinaciones del corazon ¿son dueños acaso de amar siempre á un mismo objeto? No por cierto: pero su falsedad no merece ser tratada con la misma indulgencia. La mayor parte atacan á sangre fria á las mugeres con objeto de hacerlas servir de diversion, ó de sacrificarlas á su vanidad; para llenar el vacío de una vida ociosa, ó para adquirirse una especie de reputacion fundada en la pérdida de la nuestra. Esto lo hace el mayor número de los hombres; y ¿de qué medio se distinguirá á estos de los verdaderos amantes? Todos son iguales en su esterior, y el hombre que se finge enamorado, se presenta á veces mas interesante que el que en efecto lo está.

»Por otra parte nosotras tenemos la necedad de hacer del amor un negocio capital, al paso que los hombres le consideran como un juguete; rara vez nos confiamos á una

persona sin amarla, pero ellos no tienen empacho en entregarse sin inclinacion. Nosotras hacemos un deber de la constancia; ellos ceden sin escrúpulo al menor disgusto. Cuando se separan de una querida, apenas aprecian aquellas finezas cuya posesion tanto aparentaban estimar seis meses antes, considerándolas como prendas de gloria y de felicidad: y pueden darse por muy contentas si no castigan su bondad con la mas pérfida y cruel indiscrecion.

» Yo tomaba las cosas por lo trágico, y decia: si el amor trae tras sí tantas desgracias, una muger que aprecia su reposo no deberia amar jamás. Sin embargo, todo me revelaba que tenemos corazon, que este corazon está formado para el amor, y que el amor no depende de la voluntad; ¿por qué hemos de destruir una inclinacion que hace parte de nosotras mismas? ¿No sería mas prudente tratar de rectificarla? Vamos á ver si podemos conseguirlo.

» ¿Cuál es el amor peligroso? Ya lo he observado: el que ocupa el alma toda entera, que absorve todas las demas pasiones,

que nos hace incapaces de ocuparnos en ningun otro pensamiento; en fin que nos obliga á sacrificarlo todo por el objeto amado.

» ¿Cuáles son los caracteres susceptibles de semejantes sentimientos? Precisamente los mas sólidos; los que menos se manifiestan en el esterior; los que reunen la mas sana razon á la nobleza y á la elevacion en el modo de pensar.

» ¿Cuáles son, por fin, los hombres mas temibles para las mugeres de ese temple? Los que no poseen otras cualidades brillantes que las que necesitan para dar algun valor á un mérito positivo. Es preciso confesarlo; esos hombres son una compañía peligrosa para una muger de raciocinio; es verdad que en el dia son raros; ¿ha habido nunca un siglo mas á propósito para preservarse de las grandes pasiones? Pero puede hacer la desgracia que se encuentre alguno entre la multitud.

» Los moralistas pretenden que cada una de nosotras posee un fondo de sensibilidad destinado á obrar sobre algunos objetos. Una muger razonable no hace caso de algunas

pueriles ventajas de los hombres que agradan á las mugeres en general. Cuando esa muger halla un objeto digno de su atencion, es muy natural que conozca su mérito; su afecto se mide por su ilustracion, y no puede enamorarse á medias. La compañía de hombres de tales cualidades precisamente es la que se debe evitar; estos son los hombres de quienes acabo de hablar, cuyo comercio debemos huir por poco que apreciemos nuestra tranquilidad. Formémonos un carácter que nos proporcione dos ventajas; una la de preservarnos de impresiones demasiado fuertes, otra la de separarnos de los hombres que pudieran causárnoslas. Arreglémonos un esterior que pueda por lo menos impedirlos el manifestarse por el lado mas estimable. Pongámoslos en la precision de querer agradarnos por medio de la frivolidad y del ridículo, que por bien que lo hagan, sus mismos defectos nos darán armas contra ellos. Y ¿qué cosa pudiera proporcionarnos semejante preservativo? Sin duda alguna la de *coquetería*.

»¡Os admira sin duda la singular con-

secuencia á que me han conducido tan graves raciocinios! Pues mas os admirareis aun si os pruebo que tengo razon; escuchadme hasta el fin; conozco el delicado tacto de vuestra discrecion; yo tambien me precio de tenerle, por frívola que os haya parecido: y creo que concluireis por ser de mi opinion.

» ¿Creeis que el esterior de la virtud preserve el corazon de las asechanzas del amor? ¡Miserable recurso! Cuando una muger llega á hacerse capaz de cometer una debilidad, ¿no es su humillacion proporcionada á la estimacion que habia sabido adquirirse? Cuanto mayor ha sido el elogio de su virtud, tanto mas pábulo dá á la murmuracion y á la malignidad.

» Por otra parte, ¿qué juicio se forma generalmente de una muger virtuosa? Acaso no son harto injustos los hombres para creer que la mas prudente es la que mejor sabe ocultar sus flaquezas ó que por un retiro forzado se pone en la imposibilidad de cometerlas? ¿No llevan su perversidad hasta el estremo de suponer que estamos en un estado de violencia cuando tratamos de resis-

tirles? No hay muger honesta, decia un amigo mio, que no esté cansada de serlo. Y ¿cuál es la recompensa de los tormentos á que nos quieren condenar? ¿Elevan siquiera altares á unos esfuerzos tan heróicos? La muger mas honrada segun ellos, es aquella de quien nadie habla: es decir que una indiferencia absoluta, un total olvido es el premio de nuestra virtud. ¿No se necesita tener una buena dósis de ella para conservarla, con semejante premio? Y ¿quién no se inclinará alguna vez á abandonarla? Pero hay cosas tan graves que no pueden pasarse por alto. El deshonor sigue muy de cerca á la flaqueza: la vejez, harto espantosa en sí misma, ¿qué será cuando es preciso pasarla en los remordimientos?... Conocí la necesidad de evitar esa desgracia y me figuré al principio no poder conseguirlo sino condenándome á una vida muy austera, para cuya empresa no me sentía con el ánimo suficiente. Pero muy luego me ocurrió que la profesion de *coqueta* era la única capaz de conciliar los placeres con la virtud. Veo vuestra sonrisa burlona y ella me da á co-

nocer que esta idea os parece aun una paradoja; pero es mas razonable de lo que podeis presumir.

»¿Las *coquetas* están acaso obligadas á aficionarse á un hombre? ¿No se las dispensa de amar? ¿No basta que se manifiesten afables y que ostenten toda la esterioridad del cariño? Si sabe representar con destreza el papel de que se ha encargado, nadie se cuida de que esté ó no dotada de un corazon accesible al amor. El semblante, los modales, los antojos, el lenguaje á la moda, caprichos, estravagancias; hé ahí todo cuanto de ella se exige. Pero en el fondo puede ser virtuosa impunemente. Si alguno se atreve á inquietarla, tan pronto como encuentra resistencia, renuncia la gloria de la conquista: supone que la plaza está tomada, y espera con paciencia que le llegue su hora, porque su insistencia le seria perjudicial y anunciaria un hombre que no conoce la preferencia que merecen los compromisos anteriores á los nuevos; de forma que la hermosa queda garantida precisamente por la mala opinion que de ella tienen.

» Leo en vuestros ojos lo que vais á replicarme: la profesion de *coqueta* puede ser perjudicial á mi reputacion y lanzarme en los inconvenientes que trato de evitar. ¿No es eso lo que pensais? Pero ¿no sabeis, caballero, que no basta la conducta mas austera para salvarnos de los tiros de la maledicencia? La opinion de los hombres forma nuestra reputación, y la buena ó mala idea que de nosotras forman, es casi siempre falsa. Es la prevencion, una especie de fatalidad lo que determina sus juicios; de forma que nuestra gloria no depende tanto de una virtud positiva como de la felicidad de las circunstancias. La esperanza de ocupar un lugar honorífico en su corazon, no debe ser el único objeto que nos anime en la práctica de la virtud; debe ser sobre todo el deseo de estar bien consigo misma y de poder decirse, cualquiera que sea la opinion que el público haya formado de nosotras: *Nada tengo que reprenderme.* Y con tal que se conserve la virtud, poco importan los medios que para su conservacion se adopten.

» Me convencí pues, que no podia ele-

gir mejor partido para mi presentacion en el gran mundo, que tomar la máscara que mas favorable juzgase á mi tranquilidad y á mi gloria. Me uní aun mas estrechamente con la amiga que con sus consejos habia auxiliado mi propósito. Era la marquesa de.... mi prima, cuya conformidad de ideas con las mias era completa: frecuentábamos las mismas sociedades y la caridad para con el prógimo no era á la verdad nuestra virtud favorita. Entrábamos en una tertulia como en un baile, en el cual solo nosotras hubiéramos estado enmascaradas. Nos permitimos toda clase de locuras y escitábamos á los aduladores á manifestarse. Mucha era nuestra diversion en esta especie de comedia; pero no finalizaba nuestro recreo al correrse el telon: al contrario, se renovaba en las conferencias particulares. ¡Qué necias nos parecian las mugeres! ¡Qué fátuos, que vacíos, qué impertinentes los hombres! Si se presentaba alguno temible, esto es, digno de aprecio, le aburriamos con nuestras burlas, con el poco caso que de él afectábamos hacer y con los elogios que tributábamos á aquellos

que menos lo merecian. Finalmente, llegamos á persuadirnos que para permanecer insensibles, lo único que nos restaba que hacer era frecuentar tertulias cuya reunion fuese menos que mediana.

»Esta conducta nos ha preservado por mucho tiempo de los lazos del amor, y nos ha salvado del fastidio mortal que una virtud triste y grave hubiera derramado en nuestra alma. Frívolas, imperiosas, decididas, y si se quiere hasta coquetas en presencia de los hombres; pero sólidas, razonables, virtuosas á nuestros propios ojos, éramos dichosas con este carácter. Ningun hombre se presentaba á quien pudiésemos temer: y si alguno podia parecer temible, se veia obligado á hacerse frívolo para ser tolerado y obsequiado por nosotras.

»Pero lo que me ha hecho dudar de la solidez de mis principios es que no siempre me ha preservado de los peligros que trataba de evitar. He visto por mi propia esperiencia que el amor es un traidor con quien nadie puede chancearse impunemente. No sé por qué fatalidad ha sabido el marqués de

Sevigné inutilizar mis proyectos, y á través de todas mis precauciones ha encontrado el camino de mi corazon; por mucha resistencia que haya querido oponer, me ha sido preciso amarle, y la razon solo me sirve para justificarme á mí misma la aficion que le he tomado. Dichosa hubiera sido si él no me hubiese obligado á cambiar de parecer. No he podido menos de dejarle entrever mi verdadero modo de pensar; hubiera temido que no me hubiese juzgado tan frívola como parecia; y aun cuando mi sinceridad me haga menos amable á sus ojos (porque sé que la frivolidad cautiva mas á los hombres que el mérito verdadero), quiero manifestarme á él tal como soy; porque me avergonzaria de deber su corazon á una mentira perpétua de toda mi persona.

"Menos me sorprende, señora, dijo entonces Mr. de la Sabliere, la novedad de vuestro proyecto, que la destreza con que habeis logrado hacer plausible tan singular idea: me permitireis que os diga que no es posible estraviarse con mas talento. Pero lo que ha sucedido es que habeis esperimenta-

do la suerte de todos los sistemáticos: toman prolongados rodeos para separarse del camino trillado, y no por eso dejan de estrellarse contra los mismos escollos; y usando del privilegio que me habeis concedido de deciros abiertamente mi parecer, creed, condesa, que el único medio de conservar vuestra tranquilidad, es el de presentaros bajo la verdadera apariencia de muger de juicio, porque nada se gana en burlarse de la virtud."

Cuando ví el giro que tomaba la conversacion conocí que iba á concluirse, y me retiré al momento, sin pensar en otra cosa que en satisfacer vuestra curiosidad. Ya estoy cansada de escribir.

CARTA XLVIII.

Con que vos tambien, mi querido marqués, os entregais á las cavilaciones de los amantes apasionados? ¿con que la ausencia es

para vos el mas terrible de los males, y no podeis vivir sino en los sitios embellecidos por la presencia del objeto que os hechiza? No podeis imaginaros cuánto nos ha divertido el modo con que describís vuestra situacion. Lo mas gracioso es que he visto á la condesa dispuesta á compadeceros al leer vuestra carta; pero poco trabajo me ha costado hacerla reir de su debilidad y convenir en que los amantes que conocen sus verdaderos intereses, lejos de alarmarse por una ausencia de algunos dias, saben al contrario cuán necesaria es á su felicidad.

Interrogadlos, preguntadlos, si querrian dejar de amaros, y os contestarán que la pasion que los abrasa es su suprema felicidad. Pero ¿de qué modo conseguirán mantener esa misma pasion? ¿Acaso no perdiendo de vista al objeto amado? No por cierto. El corazon no puede permanecer mucho tiempo afectado de una misma manera: la uniformidad es para él insoportable. Y por otra parte, por mucho que el entendimiento abunde en recursos, por mucha amabilidad que se use en el carácter, ¿creeis que sea

posible no perderse de vista, que sea fácil estar siempre el uno al lado del otro? Apreciemos las cosas por su valor. ¿Cuál es el primer móvil de los compromisos del corazon? Querer unirse á alguno, es amar variedades, y lisonjearnos de poder ofrecérselas á la vez. Pero satisfechos ya esos dos objetos, caemos en una frialdad, á la cual no tarda en seguirse el fastidio, y de allí á poco, buscamos un pretesto para evadirnos de una comunicacion, en que ni por una ni otra parte hay que esperar ni proporcionar nuevos recreos ó nuevas distracciones, y ya las ilusiones lisongeras cedieron su puesto á la indiferencia. Lo mas esencial para la felicidad de los amantes es la variedad en las situaciones; y ¿quién mejor que la ausencia puede proporcionar estas ventajas? ¿No habeis esperimentado nunca las dulces sensaciones de una despedida amorosa? Las inquietudes, las aflicciones, las lágrimas que la acompañan, ¿no son mas deliciosas para una alma sensible y delicada? Los amantes ordinarios, consideran como un mal el dolor que los causa una se-

paracion de algunos dias: pero si examinan un momento la naturaleza de ese pretendido dolor, no tardarán en conocer que lejos de comunicar al alma impresiones desagradables esparce al contrario un bálsamo reparador que la arrebata. Ese dolor está lleno de un delicioso encanto, y nos prueba que de cualquiera suerte que el corazon se halle afectado, su situacion es agradable siempre que pone en movimiento la sensibilidad.

Decidme francamente. ¿Os habeis ocupado mas de la condesa en ningun tiempo que desde que estais lejos de ella? ¿Ha pensado ella, ó la habeis creido mas ocupada de vos? Sin duda podeis considerar como una desgracia el poder deciros á vos mismo: Mi amada Adelaida no puede gozar verdaderos placeres donde yo no estoy: aunque ausente, solo de mí se ocupa, solo vé mi imagen, y no sabe hablar mas que de mí; todas sus acciones, todos sus pensamientos se dirigen á mí. Por último, ¡Qué satisfaccion la de comunicarla el placer que os causa su memoria!

No tardaremos ya en regresar á París:

estoy persuadida de que gozareis de antemano del placer que os causará el regreso de la condesa, y del que ella esperimentará al veros. Esta reunion os proporcionará ocasion de hacer brillar los arrebatos de vuestro amor, vuestra alma se hallará en una agitacion dulce y placentera; ¡con qué avidez no os preguntareis el uno al otro! ¡Qué deseo no esperimentareis de referiros todo cuanto habeis pensado, proyectado ó ideado! Creereis no haberos amado jamás con tanto ardor. ¿Y teneis en nada semejante descubrimiento? ¿A quién le debeis? A la ausencia. ¿Y seriais capaz todavia de quejaros de los disgustos que os causa? No, no os juzgo tan injusto; espero que en vuestra primera carta os felicitareis de la estancia que hemos hecho en el campo.

CARTA XLIX.

Ya habia yo previsto que no seria fácil

sacaros de vuestro error, ni haceros considerar como feliz la situacion en que os hallais. Presumís que un amor tal como el vuestro no necesita para ser durable de los refinamientos de que abunda mi última carta, y lo único que veis en mis consejos es coquetismo y voluptuosidad; por vuestra parte os creeis bastante enamorado para que la ausencia de la condesa os haga el mas desventurado de los hombres.

¡Ay! marqués; ¿quién es el hombre que no ha hablado en iguales términos al principio de una pasion? Todos se lisonjean como vos de esperimentar un amor verdadero; todos creen que el mezclar la reflexion en los negocios del amor es no conocerle. Pero los corazones están todos formados por un mismo modelo, y por mucha delicadeza que queramos ostentar, no podemos menos de convenir en que la costumbre no interrumpida de estar siempre juntos llega al cabo á producir disgusto, y hacer nacer el deseo de buscar distracciones en diferentes objetos: ¿quereis que os pruebe esta verdad con un ejemplo? allá va uno que M. de la Sabliere acaba de referirnos.

Ya conoceis á Julieta lá del teatro de la ópera: ¿habrias presumido jamás que en su cabeza hubiera existido el mas mínimo gérmen de filosofia? pues escuchad. El conde de.... la proporcionó el mes pasado una fortuna superior á sus esperanzas: pension exorbitante, casa suntuosamente amueblada, ricas telas, joyas preciosas, magnífico carruaje; en una palabra; iba á ser soberanamente feliz, cuando el superintendente llegó á perturbar su dicha. Y ¿cómo logró conseguirlo el picaruelo? Ofreciendo doble pension, joyas y demas. Sus proposiciones fueron en un principio despreciadas con altivez; porque la señorita Julia se habia engreido en su opulencia, porque el único beneficio que la fortuna puede proporcionarnos, es acaso inspirar nobleza en los sentimientos. Sin embargo, nuestra heroina mejor aconsejada accedió por último á una transaccion, y vais á ver que en el fondo era una muchacha honrada. No queria faltar á sus compromisos, pero temia al mismo tiempo perder el fruto de la generosidad del conde. ¡Cuál hubiera sido su confusion, si el cono-

cimiento que habia adquirido del corazon humano, no la hubiese sacado de tan intrincado negocio! hé aqui la respuesta que dió al superintendente.

«Me agradais infinito (siempre es bueno mezclar una palabra de amor, aun en los asuntos que menos se le parecen); pero estoy comprometida con el conde, y por ningun pretesto quisiera faltarle; soy agradecida y seria una desgracia darle ocasion para quejarse de mí; por otra parte, vos sois demasiado justo para aconsejarme que le abandone. Solo encuentro un medio para conciliar mi tranquilidad con el interés de mi corazon y con el aumento de mi fortuna; porque os confieso, en verdad, que no soy rica: concededme quince dias de término, y al cabo de ellos estoy segura de hallarme en estado de aceptar vuestras ofertas, sin desagradarle y sin que tenga por qué reconvenirme. Le instaré á que me lleve á sus haciendas y que vaya solo conmigo para que tengamos ocasion de estar á todas horas juntos: le diré tan á menudo que le amo, se lo repetiré tantas y tantas veces que

llegaré al fin á serle tan insoportable, como amable le parezco en la actualidad. Hasta el dia he sido para él desdeñosa, mal humorada, le he reñido, le he desesperado, y esta conducta le enamoraba mas y mas; pero durante estos quince dias permaneceré en una igualdad, en una amabilidad, en una complacencia estremada hasta hacerle impacientar; en fin, quiero reducirle por este medio á buscar un pretesto para deshacerse de una muger que le desesperará á fuerza de caricias y se dará por muy contento en dejarme por premio de mis instancias, lo que antes me daba por distinta causa. Entonces, mi querido superintendente, seré enteramente vuestra, y mi conducta para con el conde os hará presentir la fidelidad de mi afecto para con vos." Habriais creido, marqués, llegar á recibir lecciones de moral de una muchacha de la ópera?

El verdadero modo de convenceros son los ejemplos. A vuelta de dos dias estaremos de regreso en Paris. No dejeis de besar mil veces este lugar de mi carta; porque las estravagancias son la esencia del *verdadero* amor.

CARTA L.

Ya estamos de vuelta; pero las noticias que os traemos pudieran muy bien no ser de vuestro gusto. Nunca habeis tenido una ocasion mas á propósito para acusar de caprichosas á las mugeres; os escribí hace algunos dias para deciros que os amaba, y hoy tomo la pluma para haceros saber todo lo contrario. Se han tomado contra vos severas resoluciones. Temblad; está ya decidido, la condesa no quiere amaros mas que á su modo y sin que nada cueste á su virtud. Ha previsto las consecuencias de una pasion como la vuestra, tiembla el arrostrarla, y el partido que ha tomado es contener sus progresos. Y no os lisonjeeis de que las pruebas de amor que ella os ha dado, la harán mudar de resolucion. Los hombres creeis que cuando una muger se os ha mostrado favorable no podrá nunca romper vuestras cadenas; desengañaos. La condesa en este particular es mas temible de lo que os figurais,

y no trataré de ocultaros que debe á mis consejos una parte de su resolucion. No conteis mas con mis cartas; es verdad que tampoco necesitais ya de los recursos que de ellas pudiérais sacar para conocer á las mugeres: casi, casi siento el haberos tal vez suministrado armas contra ellas: ¿hubiérais llegado sin mi auxilio á conmover el corazon que habeis enternecido? Confieso que he tratado á mi sexo con demasiado rigor y estoy dispuesta á hacerle una reparacion. Ahora conozco que el número de las mugeres apreciables es mayor de lo que habia creido. La condesa reune en sí una multitud de cualidades á cual mas apreciables: no, marqués, no he podido rehusarla los consejos de la amistad, y sin consultar vuestros intereses me he unido á ella contra vos. Sin duda lo sentireis; pero la confianza que en mí habia puesto exigia este buen porte por mi parte. Mientras que vuestra inesperiencia necesitaba ser ilustrada, sostenida y estimulada, mi celo me ha obligado á sacrificarlo todo á vuestros intereses: entonces tenia muchas ventajas sobre vos; pero en el dia

las cosas han cambiado de faz, y toda la altivez de la condesa no basta apenas á resistiros. Antes la favorecia mucho su indiferencia, y mas aun vuestra torpeza: hoy teneis en vuestro favor á la esperiencia, y ella en su contra al amor. Asi pues, reunirme á vos en contra suya, seria faltar á la confianza que ha puesto en mí, mucho mas negándola los auxilios que tiene derecho de exigir; si sois sincero, confesareis que obrar asi seria injustísimo: quiero, pues, reparar el mal que puedo haber hecho revelando nuestros secretos é iniciándoos en nuestros misterios: quiero tratar yo misma de destruir el sistema que os he formado, y probar que no es imposible hallar una muger que resista por muy diestramente que se vea combatida; y para mas ensalzar nuestro triunfo no os disimularé nada de cuanto he hecho contra vos: sabed pues, que he llevado la traicion hasta el estremo de revelar á la condesa las ventajas que podeis haber sacado de las cartas que os he escrito. Conoced, la decia esta mañana, cuán temible será un amante que á sus talentos, á su pro-

duccion noble y delicada reune el conocimiento de nuestro corazon: ¡qué ventajas tiene sobre una muger que piensa y raciocina! los raciocinios mismos son los que contribuyen á su seduccion y esta en el caso de emplear el mismo talento que en ella encuentra, para justificar á los ojos de su razon los estravíos á que trata de arrastrarla. Una muger enamorada se cree en la obligacion de aumentar ó disminuir sus finezas segun las cualidades del amante. Para un hombre comun una debilidad no es mas de una debilidad, que avergüenza: para un hombre de talento es un tributo debido á su mérito; que prueba nuestro discernimiento, y forma el elogio de nuestro buen gusto, y se aplaude. Asi es como haciendo girar en beneficio de la vanidad, lo que se arrebata á la virtud se oculta á nuestros ojos la escala de nuestras flaquezas. Tales son, caballero, los consejos que doy á la condesa: no sé si os dejarán algunas esperanzas.

CARTA LI.

Habia creido sorprenderos, marqués, al noticiaros lo que contra vos proyectábamos, pero conoceis demasiado vuestras ventajas, y todo empieza á tomar el caracter de una chanza. Esplicaos por Dios: hablais con seriedad cuando afirmais en vuestra carta que yo en esta ocasion obraba por envidia, y que si os habia malquistado con la condesa era solo por sacar partido en mi provecho. O sois el mas perverso de los hombres, ó el mas astuto: el mas perverso, si habeis sido capaz de estampar ese aserto para hacerme sospechosa á los ojos de mi amiga. Pero lo cierto es que por cualquiera de los dos aspectos que se considere esta cuestion me es igualmente injuriosa su alternativa, supuesto que la condesa lo ha tomado con seriedad. Acabo de verme con ella en un terrible compromiso; ¡qué bien conoceis vuestro

ascendiente sobre su corazon! No podeis haber tomado mejor método de ataque que afectando el esterior de la indiferencia: no dignaros contestar á mi carta; permanecer tres dias sin vernos; dirijirnos despues una respuesta que solo respira frialdad, os confieso francamente que es conducirse como hombre consumado: por eso vuestra esperanza ha sido coronada con el mas completo triunfo. La condesa no ha podido resistir tanta frialdad, y el temor de que esa idea fuese positiva la ha sumergido en una mortal inquietud. Venid, cruel, venid á enjugar las lágrimas que habeis hecho derramar; venid á gozar vuestra victoria y nuestra derrota. ¿Qué vale la muger de mas talento, cuando el amor llega á trastornarla la cabeza? ¡Si hubiérais presenciado las reconvenciones que acabo de sufrir! Segun sus palabras, he formado una desconfianza injuriosa de su virtud, de vuestras pretensiones una idea equivocada; os he supuesto designios críticos para despues complacerme en castigaros. Soy cruel, injusta, mal intencionada; que sé yo con cuantos epitetos me ha insultado! ¡Qué arrebatos los suyos! os protes-

to que no me espondré á esperimentar otra tormenta por mezclarme en vuestros asuntos: renuncio cordialmente á la confianza con que uno y otro me habeis honrado; que en semejantes ocasiones, no son los consejeros los que mejor librados salen; siempre cargan con la parte menos apetecible en las disputas, y en cuanto á las delicias de la reconciliacion, esa solo toca á los amantes disfrutarla.

Sin embargo, bien reflexionado veo que seria una necedad incomodarme por nada de eso. Sois dos niños, y debo divertirme con vuestras locuras: debo considerarlas filosóficamente y quedar amiga de los dos. Venid inmediatamente á decirme si os place esta resolucion. Vamos, no hagais los desdeñosos, venid á hacer las paces. Pobres muchachos, el uno con sus inocentes proyectos, y la otra tan segura de su virtud, ponerles travas á su inclinacion es seguramente afligirlos sin motivo.

CARTA LII.

Estoy convencida, marqués, de que el único medio de vivir tranquila con la muger mas juiciosa es no penetrar demasiado en su confianza: ya me he resuelto y solo hablaré de vos á la condesa, cuando ella me inste. Esta determinacion nada cambiará sin embargo en mi amistad para con vos, ni tampoco en la que con ella quiero conservar: pero su amistad no debe servirme de obstáculo para proceder con vos como anteriormente: ya que asi lo exigís continuaré comunicándoos mis pensamientos sobre las situaciones en que os halleis, con la condicion de que me permitais reir alguna vez á vuestras espensas; libertad que no me tomaré hoy, porque si la condesa sigue el plan que se ha propuesto, si insiste en no hablaros á solas no creo que vuestros asuntos adelanten demasiado: se acuerda de lo que la he dicho, conoce su corazon, y tiene razon para temerle. Solo una muger imprudente es capaz de

fiarse de sus propias fuerzas y esponerse tranquila á los arrebatos de un hombre á quien ama: nada hay mas peligroso para nosotras que la presencia, la proximidad del objeto amado. La agitacion que le anima, el fuego que le abrasa, estimulan nuestros sentidos, enardecen nuestra imaginacion y escitan nuestros deseos. Puede comparársenos con un órgano: por dispuesto que se halle á obedecer á la mano que debe tocarle, hasta que siente la presion de esta mano, permanece silencioso; pero apenas llegais al teclado, el instrumento hace resonar sus voces: concluid la comparacion y deducid las consecuencias.

Mas decidme, ¿qué motivos teneis para quejaros, caballero metafísico? ver á la condesa, oir el dulce sonido de su voz, obsequiarla, llevar hasta el estremo la delicadeza de sentimientos, quedar edificado al oir sus escelentes discursos sobre la virtud, ¿no es para vos la felicidad suprema? Quédense para las almas terrenales esos sentimientos groseros que empiezan á desarrollarse en vos. Si hubiese de consideraros en este dia, no me faltaria motivo para convencerme de que no

me he equivocado mûcho en afirmar que el amor era la obra de los sentidos. La propia esperiencia os obliga á convenir en que tengo razon, y á la verdad que no me pesa; asi queda castigada vuestra injusticia. A Dios.

El caballero, vuestro antiguo rival, ha querido vengarse del rigor de la condesa aficionándose á su prima. Esta eleccion forma seguramente el elogio de su gusto; parecen formados el uno para el otro; veremos adonde los conduce una pasion tan decidida.

CARTA LIII.

No me ha sorprendido, marqués, la languidez de que os quejais. La enfermedad de la marquesa os ha privado del placer de ver á su prima, y vuestro corazon que hace tres dias permanece en una situacion igual, debe naturalmente dar cabida al fastidio. Tampoco me admira la frialdad en que os hallais para con la condesa. En medio de las

pasiones mas fuertes, se esperimentan esas situaciones de tibieza que admiran á aquellos mismos que las sienten: ya sea que el corazon á fuerza de estar agitado por un mismo movimiento, se canse finalmente de él, ó bien que sea absolutamente incapaz de hallarse siempre ocupado de un mismo objeto, hay momentos de indiferencia cuya causa en vano trataríamos de investigar. Cuanto mas vivos son aquellos sentimientos, mas profunda es la calma que los sucede, y esta calma es mucho mas funesta al objeto amado que la tempestad ó la agitacion. El amor siempre se apaga por una resistencia ó demasiado uniforme ó muy severa. La muger ordinaria no sabe mas que resistir; la muger inteligente hace mas, varia en su plan de resistencia y esto es lo mas sublime del amor. En cuanto á la condesa, los deberes de la amistad son preferidos por ella á los del amor, y hé aqui una nueva razon de vuestra frialdad para con ella. El amor es un sentimiento tiránico y envidioso; que solo se satisface cuando el objeto amado le sacrifica todos sus gustos, todas sus inclinaciones.

Nada se hace por él, sino se hace todo, y cuando se concede alguna preferencia al deber, á la amistad &c., se cree con derecho de quejarse y trata de tomar venganza. Los obsequios que os habeis visto obligado á hacer á la señora de... son prueba de esta verdad. En vano protestais que cada vez estais mas enamorado de la condesa: vuestra turbacion cuando os preguntó si habiais estado mucho tiempo en casa de la presidenta, el deseo que teniais de engañarla con una respuesta equívoca, el cuidado que tomásteis en disipar sus sospechas, me revelan que sois mas culpable de lo que decís, y aun mas de lo que vos mismo creeis. La condesa conoce las consecuencias de todo esto; ¿no veis la afectacion con que se esfuerza á daros zelos elogiando al caballero?... ¡Oh! yo os aseguro que no recaereis tan pronto en esa languidez de que acabamos de hablar. Los celos os suministrarán materia de que ocuparos por algun tiempo. Y ¿teneis en nada la desgracia de la marquesa? No solo han desfigurado su rostro las viruelas, sino que su humor será bien diferente cuando conozca todo el peso de su infortunio. La com-

padezco y compadezco tambien á todas sus amigas. ¡Qué de corazon va á aborrecerlas y despedazarlas! La condesa es su mas íntima amiga: ¿lo será mucho tiempo? Es tan linda; su rostro es tan capaz de afear á los que se la acerquen, que estoy previendo una multitud de tormentas inevitables.

CARTA LIV.

La fealdad que las viruelas han dejado en el rostro de la marquesa la ha hecho intratable, y no me sorprende su resolucion de no manifestarse en mucho tiempo; ¿cómo se habia de atrever á presentarse en ese estado? Si no la hubiera acometido la enfermedad que la humilla ¿cuánto tiempo no hubiese hecho padecer al pobre caballero? Y dudareis ahora que la virtud de las mugeres depende de las circunstancias, y que disminuye al mismo tiempo que su orgullo? Pero ¡cuánto me temo que ese ejemplo sea funes-

to á la condesa! Nada mas peligroso para una muger que las debilidades de su amiga; el amor harto seductor en sí mismo, lo es mucho mas que el contagio; no solamente toma fuerzas en nuestro pecho, sino que de todos los objetos que le rodean saca armas con que combatir á la razon. La que una vez llega á hacerse culpable cree interesante para su propia justificacion el conducir á su amiga al mismo precipicio: no me admira lo que la marquesa dice en favor vuestro; hasta aquí las dos se han conducido por los mismos principios, y es vergonzoso para ella el que estos hayan salvado á la condesa. Por otra parte la marquesa tiene una razon mas que ninguna otra muger para contribuir á la derrota de su amiga. La marquesa se ha vuelto fea y por consecuencia para conservar á su amante se ve obligada á algunas condescendencias mas; y podrá permitir que otra conserve el suyo á menos costa? Eso seria reconocer una superioridad harto humillante; asi es que hacia las mayores estravagancias para conducir á su objeto á vuestra amable viuda. ¿Llegará á conseguirlo? ¡cuán-

to temó que todo cambie de aspecto! Haber sido tan hermosa como su amiga; no serlo ya, mientras que la otra es mas bella cada dia; tenerla á todas horas á su lado; os aseguro que es un esfuerzo superior á la muger mas juiciosa; á la filósofa mas determinada. Porque entre nosotras termina la amistad donde comienza la rivalidad. Hablo solo de la rivalidad de la hermosura, pero si á esta se agregase la del amor seria ya irresistible.

CARTA LV.

Decidme, caballero, la reserva de la condesa no justifica mis predicciones? Lo preveo con dolor, pero no puedo menos de decíroslo. Por muchas precauciones que tome la condesa para no zaherir el amor propio de la convaleciente, solo conseguirá hacerla una ingrata. Yo no sé por qué fatalidad, todo cuanto dice una muger hermosa á

otra que no lo es, ó que ha dejado de serlo, toma en su boca un colorido de conmiseracion que se trasluce á través de todas las consideraciones, y que siempre humilla á aquella á quien se trata de consolar por la pérdida de su belleza. Cuanto mas se esfuerza para hacer olvidar su superioridad sobre la pobre paciente, mas se desespera esta, de forma que la parece que si algun mérito subalterno la ha quedado tratan de hacerla creer que le debe á la generosidad de sus rivales. Tened entendido, marqués, que las mugeres nunca se equivocan en los elogios que mútuamente se prodigan; todas saben apreciar las alabanzas que de las otras reciben. Asi como se hablan sin sinceridad, se escuchan sin reconocimiento; y aun cuando la que habla procediese con la mas sana intencion al elogiar la belleza de otra, la favorecida, para saber hasta dónde llega la sinceridad, no consulta tanto las palabras que oye como al semblante de las que las pronuncia; si es fea se la cree y se la aprecia; si tan bonita como la elogiada, se la agradece con frialdad y se la desprecia; si

mas hermosa se la aborrece un poco mas que antes de haber hablado. Mientras que dos semblantes tengan entre sí alguna relacion de belleza es imposible que las mugeres que los poseen se profesen una amistad sincera: acaso pueden hacerse mútuamente buena vecindad dos comerciantes que tienen de venta una misma tela? Pero no es fácil penetrar la verdadera causa de esa falta de cordialidad en las mugeres: las que mas íntimas amigas parecen se desunen á veces por un nada; y ¿creeis que esa niñería sea la verdadera causa de su enfado? No amigo mio, eso no es mas que el pretesto ó la ocasion. Sabemos ocultar el motivo que nos hace obrar, cuando pudiera servirnos de humillacion apenas le diésemos á conocer. No queremos que se trasluzca que la hermosura de vuestra amiga es la que inquieta nuestro corazon é imprime en él los gérmenes del aborrecimiento: porque permaneciendo á su lado podriamos pasar la plaza de envidiosas, y por no darla este placer preferimos ser injustas. Asi es que apenas dos mugeres bonitas tienen la felicidad de hallar un pretes-

to para desprenderse la una de la otra, le aprovechan con tal avidez, y se aborrecen tan de veras, que cualquiera podrá persuadirse hasta qué punto se habian amado anteriormente.

¿Quereis en mí mas franqueza? Ya veis hasta dónde llega mi sinceridad: trato de daros ideas exactas de todo, aun á mis propias espensas; porque yo no estoy mas exenta que ninguna otra de los defectos que critico algunas veces; pero como estoy persuadida de que todo esto quedará olvidado entre los dos, no temo desavenirme con todo mi sexo, que acaso se creeria con derecho de reprender mi ingenuidad. La condesa sin embargo, es superior á todas esas pequeñeces, y conviene de buena fé en la verdad de cuanto acabo de deciros: pero ¡hay tantas *mugercillas*!...

CARTA LVI.

El ejemplo de la marquesa, nada ha logrado aun sobre el corazon de su amiga: al contrario está mas en guarda contra vos: un ligero favor que habeis sabido aprovechar, os ha atraido sérias reconvenciones: ¿cómo hubiera dejado en este momento de recordaros las protestas de respeto y desinterés que hicísteis al declarar vuestra pasion? Eso es lo que se acostumbra en tales casos; pero deteneď un momento vuestra consideracion sobre la singularidad de nuestras ideas: esos mismos arrebatos que una muger toma como prueba de desprecio cuando no se está aun enteramente de acuerdo con ella, se convierten en su imaginacion en pruebas de estimacion y de amor luego que todo está arreglado. Escuchad á las mugeres casadas, y á las que sin estarlo se permiten gozar de iguales privilegios, escuchadlas digo en sus quejas contra los maridos infieles ó los amantes ya cansados. *Las desprecian*: esta es la

única razon que ellas imaginan de su frialdad: y sin embargo lo que ellas consideran como una prueba de amor y estimacion ¿qué otra cosa es en un hombre que la prueba de su buena salud? Os lo tengo dicho hace ya tiempo: las mugeres mismas cuando quieren ser ingénuas convienen mas que los hombres en que el amor consiste en la efervescencia de la sangre. Examinad una muger enamorada en los principios de su pasion: el amor es un sentimiento puramente metafísico, con el cual ninguna relacion tienen los sentidos. Semejante á aquellos filósofos que en medio de los tormentos no querian confesar que sufrian dolores, será por mucho tiempo mártir de su propio sistema; pero al cabo, sin dejar de combatir por su quimera, se dejará conmover: si su amante la repite que el amor es un sentimiento metafísico y divino, que se alimenta de bellas frases, y que el mezclar en él nada de material y humano seria degradarle, ya puede hacer alarde de su respeto y su delicadeza, que yo os respondo á nombre de todas las mugeres, sin escepcion ninguna, que el orador no logrará grandes

ventajas. Su respeto se considerará como un insulto, su delicadeza como un sarcasmo y su elocuencia como un ridículo pretesto. La única gracia que le harán será tal vez reconvenirle si acaso con alguna otra fué menos delicado, y de este modo ponerle en la triste necesidad de ir á ostentar sus elevados sentimientos al lado de la querida en cuestion; pero lo mas particular es que la escusa que para ello toman nace siempre del mismo principio.

CARTA LVII.

No, marqués, aunque digais cuanto os ocurra, no os perdonaré la especie de furor con que deseais lo que entendeis por felicidad suprema. ¿Qué ceguedad es la vuestra que no conoceis que cuando habeis llegado á apoderaros del corazon de una muger está en vuestro interés disfrutar por mucho tiempo de su derrota antes de completar vuestra victoria?

¿No llegareis nunca á convenceros de que las dulzuras del amor son los bienes que con mas economía deben usarse? Si yo fuese hombre y tuviese la felicidad de enternecer el corazon de una muger tal como la condesa, ¡con qué prudencia usaria de mis ventajas! ¡Por cuántos grados me impondria la ley de pasar sucesiva y aun lentamente! ¡Cuántos placeres desconocidos á los hombres no crearia! Semejante al avaro, no me cansaria un momento de contemplar mi tesoro, considerando cuán precioso me era conocer toda la estension de mi dicha en poseerle y poner todos mis esfuerzos y desvelos en conservarle; recrearme en la delicia de que estaba á mi disposicion, y afirmarme mas y mas en la resolucion de no privarme de él por el uso. ¡Qué satisfaccion la de leer en los ojos de una muger amable el poder que sobre ella se tiene! de ver marcadas sus acciones de una amabilidad que solo á vos se refiere; de oir enternecerse su voz cuando os dirije la palabra; de gozar de su turbacion por vuestros mas mínimos arrebatos, de su inquietud por las mas inocentes caricias! ¿Hay situacion mas

deliciosa que la de un amante seguro de ser correspondido? ¿Hay goces mas satisfatorios que los que en tales momentos se disfrutan? ¡Qué encanto para un hombre el ser esperado con una impaciencia imposible de disimular; ser recibido con una alegria mucho mas apreciable por los esfuerzos que para ocultarla se hacen! ¡El ver á su querida ataviada con los trages con que mas le agrada, tomando el aspecto, el tono, la postura que mas le lisonjean! Antes se adornaba por agradar á la generalidad; si ahora se detiene en el tocador es por complacerle á él solo. Por él ostenta en sus cabellos tal ó cual aderezo, tal ó cual cinta; estos ó los otros pendientes, un brazalete, un lazo, ó una rosa en el pecho. El es el objeto de todo, se ha trasformado en él y le ama á él en sí misma. ¿Hay cosa mas encantadora en el amor que la resistencia de una muger que os obliga á no abusar de su debilidad, y que hasta su misma virtud quiere deberos? En una palabra, ¿hay nada mas seductor que una voz casi apagada por la emocion en la resistencia que tiene que oponer á pesar suyo, resistencia cu-

yo rigor trata de suavizar por las miradas mas tiernas, aun antes de dar lugar á quejarse de ella? Qué, ¿podeis consentir en ver tan pronto terminado tan lisongero encanto? No puedo decidirme á creerlo. Sin embargo, cuando llega ya á ceder á vuestras instancias, todos esos placeres se debilitan á proporcion de la facilidad que en ellos encontrais. Solo en vos consiste el prolongarlos y aun aumentarlos, tomándoos tiempo para conocer toda su dulzura y disfrutarla. Pero no estais satisfecho hasta que la posesion no sea entera, fácil y contínua, y ¿os sorprendereis de encontrar indiferencia, frialdad y aun inconstancia en vuestro corazon? ¿No habeis hecho cuanto estaba en vuestra mano para saciaros del objeto amado? Siempre lo he dicho; el amor no muere nunca de inaccion, y sí de apoplegía. Algun dia os referiré el que he tenido con el conde de... y vereis si conozco el corazon y la verdadera felicidad: os persuadireis por mi ejemplo que la economia de los sentimientos y de los placeres es acaso la única metafísica razonable en el amor, y convendreis conmigo en que conoceis bien

poco vuestros verdaderos intereses, segun la conducta que observais con la condesa.

CARTA LVIII.

¡Yo compadeceros! caballero; me guardaré muy bien de hacerlo; os lo aseguro. Si no habeis querido seguir mis consejos ¿qué me importa el veros un tanto maltratado? Creísteis que un ataque imprevisto os pondria en posesion de la condesa? ¡La familiaridad con que trataba al amor, la facilidad de su trato, su indulgencia sobre vuestras numerosas locuras, su franqueza en mofarse de los platónicos; todo esto os habia hecho concebir esperanzas de ser tratado con menos severidad; pero ya habeis visto cuánto os habiais equivocado: todas esas esterioridades eran otros tantos atractivos pérfidos y engañadores. ¡Sorprender asi la buena fé de las personas!... es preciso confesarlo; es una atrocidad que clama venganza, que me-

rece todos los epitetos que la prodigan: pero me he hecho yo acreedora á la injusticia que cometeis en ultrajarme. ¿Por qué cargais sobre mí la responsabilidad del rigor con que os tratan? ¡Si sois desgraciado, afirmais, es por haber seguido los consejos que os dí al principio de nuestra correspondencia! Y ¿no os he dicho que todas las verdades son relativas? Los mas saludables consejos se vuelven funestos, si de ellos no sabe hacerse una justa aplicacion. Aprended pues á costa vuestra á distinguir á las mugeres; estais en un error, demasiado general entre los hombres: seducidos por las apariencias creen que una muger cuya virtud no está siempre alerta es mas facil de vencer que una ignorante, y la esperiencia misma no basta á desengañarlos. ¡Cuántas veces los ha espuesto su error á rigores tanto mas sensibles cuanto mas inesperados! Entonces su recurso es acusar á aquellas mugeres de caprichosas y coquetas: todos tienen el mismo lenguage y dicen como vos: «A qué viene tan equívoca conducta? cuando una hermosa se ha decidido á permanecer intratable, para qué sorprender la credulidad de

un amante con apariencias poco conformes con sus sentimientos? ¿por qué dejarse amar cuando no hay ánimo de corresponder? ¿No es este un proceder falso y estraño? ¿es otra cosa que burlarse del amor?"

Se equivocan ustedes, caballeros, es burlarse de vuestra vanidad: en vano quereis en semejantes casos imponernos la ley: la vanidad es la única ofendida, y si hablais del amor no es mas que por ennoblecer sentimientos que en nada se le parecen. Ademas ¿no sois vosotros los que nos obligais á trataros asi? Por poco talento que tenga una muger, sabe muy bien, que el lazo mas fuerte que puede uniros á ella es la esperanza: es preciso, pues, dejárosla tener. Cuando una muger se arma de una severidad que pueda hacerla considerar como invencible, todos la abandonan; no tiene ya que esperar muchos amantes. ¡Qué soledad la suya! ¡qué vergüenza! porque la muger mas virtuosa no es en el fondo menos sensible al deseo de agradar, que todas las otras, y hace consistir su gloria, en adquirirse adoraciones y homenages. Pero como no ignora que aquellos que

deben tributárselos, solo van impelidos por miras que hieren su pundonor, no pudiendo reformar este defecto, no las queda otro recurso que sacar partido de él para asegurarlos: si ha de conservarlos, no debe destruir nunca esas esperanzas por mas resuelta que se halle á no satisfacerlas; y esto se consigue con la destreza. Por eso la muger que conoce sus intereses no ignora lo que significa el «*Yo te amo*» de los hombres: aun cuando debiera darse por ofendida, como ha penetrado ya su objeto, la vanidad del mismo amante la basta para desconcertar sus designios: porque cuando nos ofenden no es nuestra cólera lo mas terrible que podemos oponerlos; si alguna para resistirlos necesita echar mano de su enojo, no puede hacerlo sin descubrir su debilidad. Una delicada ironia, una burla picante, una frialdad humilladora bastan para desanimarlos: evitando las desavenencias con ellos, se evitan tambien las reconciliaciones. ¡De cuántas ventajas no los priva una conducta semejante!

Las baladronadas de honestidad siguen un camino bien opuesto: apenas esperimentan el

menor atrevimiento solo se creen razonables á proporcion del resentimiento que hacen estallar: ¿y qué beneficios las reporta esta conducta? por poco esperto que sea un hombre dice para su interior: «si he sido maltratado es por no haber sabido elegir el momento: se ha castigado mi torpeza, pero no mi designio; en otra ocasion se apreciará este atrevimiento que hoy se castiga como un crimen; este rigor me servirá de aviso para multiplicar mis desvelos á fin de merecer mas indulgencia y desarmar la altivez; quiérese hipocresia y el único recurso en este caso es, hacer olvidar mi falta; y al mismo tiempo de pedir perdon, volver á repetir la ofensa." La que siga mis consejos estoy segura que no dará motivo á ningun hombre para raciocinar asi.

CARTA LIX.

Os aseguro, marqués, que jamás he deseado tanto aborreceros como desde que la

condesa me ha escrito la adjunta carta: leedla, y examinad si mereceis ser tan amado como lo sois.

CARTA DE LA CONDESA DE...

Á LA SEÑORITA DE LENCLÓS.

Vuestra ausencia, mi querida Ninon, solo debia haber sido de ocho dias: no sé por qué me inquieta vuestra separacion: ¿será acaso porque vuestra amable filosofia me presta ausilios contra una inclinacion cuya violencia aumenta de dia en dia y cuyas consecuencias me hacen temblar? ¿Qué socorro nos dan en tales ocasiones la virtud, el orgullo y el temor de la deshonra, contra el poder de la imaginacion y la tirania de los sentidos?.. Cuán cruel es no conservar bastante raciocinio sino para conocer toda la estension de nuestra debilidad, y esperimentar demasiado amor para poder conservar alguna esperanza de resistirle. Este preámbulo os dará á conocer la agitacion en que me hallo: me desconozco á mí misma. Esplicadme, por

Dios, mi corazon, que para mí es un enigma.

Bien conoceis mis sentimientos; bien sabeis cuán sincera es mi aversion á todo cuanto pueda mancillar la delicadeza de una muger de juicio. No han cambiado mis principios; pero qué descubrimientos no me han hecho hacer las instancias del marqués ¡Estoy persuadida, amiga mia, de que no es nuestra voluntad la que decide ó consiente en tales ocasiones; no es el alma la que obra, ni aun tiene libertad para hacerlo! ¡qué humillacion para nosotras! ¿será tanto como asegurais el poder de los sentidos? y cuando un amante ha logrado agitarlos, ¿no debemos esperar nada de la virtud? ¿No bastan para ponernos á cubierto de la seduccion, la indignacion, la cólera y aun la vergüenza que nos causan? ¿No nos atrevemos á declararnos á nosotras mismas el imperio que sobre nosotras tienen; nos sonrojamos de su victoria, y tenemos la debilidad de concedérsela?

¡Cuántas veces he hecho sonrojar al marqués, apreciando en su justo valor ese bien en que cifra su gloria mas que su honor! Pero nada es capaz de atraerle á sentimientos

razonables: al contrario cada dia cuida menos de disimularme sus verdaderas intenciones! ¡Qué porvenir me aguarda! Formo mil resoluciones contra él; le manifiesto todo el desprecio que merecen sus sentimientos; creo aborrecerle. Durante la ausencia recobra la razon todos sus derechos, y me lisonjeo de que podré hacerle resistencia. Mas apenas se presenta solo pienso en amarle y en agradarle, y me reprendo á mí misma el mas mínimo instante de frialdad. Quiere persuadirme de que la verdadera prueba de amor consiste en el sacrificio que le niego: yo convencida de que puede amarse sin eso trato de persuadirle que me ofende, y no puedo encontrar palabras con que manifestarle un verdadero enfado; lo observa él, aumenta sus instancias; y toda mi resolucion, todos los obstáculos de que he tenido la precaucion de rodearme apenas bastan á salvarme del peligro. Ayer llegué hasta el estremo de arrepentirme de tanta prudencia... Todas las facultades de mi alma están trastornadas: me compadezco á mí misma. Muchas veces me quejo de que no me ama como yo á él,

qué es mas tierno que obsequioso; que sus solicitudes son mas por vanidad que por amor, y últimamente que yo no veo en él las sensaciones que abundan en mi alma. El se justifica bastante mal y yo por no verme cierta de la verdad que buscaba, me apresuro á justificarle, ó por mejor decir, le ayudo á perpetuar, á fortalecer un error que me encanta. Cuando renacen mis inquietudes, reprende él mi injusticia. "¡Ay! le digo algunas veces: ¡cuánto temo que hayais tratado de esperimentar en mí vuestro arte de seducir á las mugeres! Acaso se limitarán vuestros deseos á hacer una conquista que sirva de base á vuestra reputacion: pero si tarde ó temprano ha de ser castigada mi debilidad, que al menos pueda decir; "no he cedido sin ser amada:" quiero ser víctima del amor; pero ¡qué vergüenza si llegase á servir de triunfo á la seduccion!

Juzgad, mi querida Ninon, si en medio de tales agitaciones puedo ser dichosa, y cuánto necesito de los auxilios que sacaba de vuestra permanencia en París... Adios. Me anuncian la llegada del marqués. ¡Cuánto temo su presencia!"

CARTA LX.

Seria sin duda alguna muy gracioso que los esfuerzos de la condesa por establecer la metafísica en el amor, probasen que esperimenta en su corazon una inclinacion decidida por otros placeres menos delicados. Yo tambien lo he juzgado así, tanto á la lectura de su carta como por la conversacion de ayer. Pinta con tal voluptuosidad las delicias del alma que me ha hecho sospechar que no es sincera: pero desengañaos; no todo lo que revela en las mugeres una sensibilidad escesiva prueba siempre en ellas esa aficion que llamais por *temperamento*. Pueden tenerla de dos clases muy diferentes. El temperamento en unas reside únicamente en la imaginacion, abstrayéndose de todo cuanto hace referencia á los sentidos; en otras será lo que vos entendeis; esto es, una necesidad física.

Cuando digo que el temperamento de las mugeres puede residir en el alma ó en la imaginacion, concibo por esto una especie de mugeres muy singular, y que sin embargo existe, porque yo conozco algunas. Es verdad que no son de la primera juventud: acaso porque su carácter sea obra de la costumbre ó de la naturaleza de su constitucion tienen un corazon sensible, que no puede soportar el vacío ni la ociosidad: necesitan una persona á quien adherirse, y su predisposicion al amor es tan violenta que no pueden pasar sin un objeto sobre quien ejercer su actividad. Esta inclinacion no es amor, propiamente dicho; no aman á un hombre determinado; no es él quien las ha decidido á amar; su corazon tenia una necesidad invencible de amor; y tal hombre ha llegado á ser objeto de él: por eso las es indiferente que ese hombre sea quien quiera; con tal que sea hombre están contentas: solo necesitan la sombra de un amante; todo su deseo es de que sea bastante complaciente para ser el objeto de sus inquietudes y desvelos; bastante frio y perezoso para ocuparse de

quimeras y pasar los dias en disertaciones sobre el amor y sobre el modo de conocerle, que tenga suficiente paciencia para sufrir sus desdenes: todo lo demas es perdonable, y aun en caso de necesidad le dispensarian de amar, si su vanidad no se opusiera: porque no han menester de su amor para ser dichosas: toda su felicidad la sacan de su propio fondo. No necesitan un hombre apasionado: que se deje amar, que sea un ente pasivo es su único deseo; todo lo demas queda á su cargo: mugeres de tal temple son tesoros para los perezosos. Pero no creais, marqués, que porque tales mugeres no se ocupen en asuntos de amor mas que en cuidados accesorios, vivan por eso mas tranquilas ó desdeñen menos un amante; no os figureis que dejen de tener mas prudencia ó mas moderacion en sus gustos que otras mugeres que se ocupan de objetos mas positivos. Las cosas no tienen mas valor que el que nuestra imaginacion quiere darlas: su aficion á esas niñerias es tan grande, como si se tratase de placeres de mas consideracion: la privacion de una carta, una mirada sin

espresion, una falta de atencion cuando esperaban una fineza, son para ellas lo que una infidelidad, una larga ausencia, ó un desprecio marcado seria para las otras. Aborrecerian tan de veras á su marido, ó á cualquiera otra persona que por casualidad las privase de la mas inocente entrevista, como si empleàse el ultraje y la violencia para impedirlas disfrutar de la cita mas sospechosa. En una palabra, ocupadas siempre en minuciosidades fijan en ellas la misma atencion, se afectan con la misma vivacidad que si se tratase de las cosas mas importantes. Son en el amor lo que las devotas en la sociedad que continuamente se ven acometidas de pasiones miserables; y esto es lo que hace que esas mugeres parezcan mas sensibles y mas voluptuosas que las demas; hacen con una ternura, con un placer marcado bagatelas que las demas ejecutan con indiferencia, porque estas guardan su sensibilidad para otros placeres mas análogos á su constitucion. Las cartas, los discursos de las primeras, su conducta ordinaria, os parecerán mas tiernos, mas afectuosos, y la razon

es muy sencilla; cuanta menos pasion espenden en lo principal, mayor, mas rico y mas fecundo es su fondo de sensibilidad en lo accesorio. Sus mas mínimos cumplimientos, llevan consigo tal espresion de ternura, que se las creerá en estremo aficionadas á los placeres materiales, y si examináseis su fondo hallariais no solo una completa indiferencia sino hasta aversion á ellos. Sin embargo tienen temperamento, porque segun mi modo de entender esta palabra espresa una necesidad exijente, una inclinacion casi invencible; pero ese temperamento es, como acabo de decir, muy diferente del que se entiende en la práctica. Es una necesidad, pero una necesidad del alma; es en cierto modo un sentimiento novelesco, que sin embargo es natural en ellas; porque estas mugeres obran asi sin esfuerzo, sin artificio. Si no se las ve ocuparse de los placeres materiales es porque nada les impele á ello, y si pudiera decirse que eso fuera amor, si la juventud fuese susceptible de una inclinacion de esa especie, me veria tentada á creer que la metafísica del amor no es siempre una qui-

mera. Con tales antecedentes, marqués, podeis bien convenir en que es fácil equivocarse en el juicio que se forma de nuestras inclinaciones. No tardareis en hallaros en estado de ver por vos mismo, si es ó no justa la opinion que de la condesa habeis formado: en el momento que os despedísteis ayer para ir á su casa, creí traslucir en vuestros ojos ciertos presagios... iba á decir de su desgracia, y Dios sabe si os serviria de enfado.

CARTA LXI.

¡Con que, marqués, trocásteis vuestros laureles en cipreses! y por vuestro demasiado atrevimiento os veis reducido al papel de un hombre escesivamente tímido! Haber proporcionado un momento favorable, tener un corazon lleno de amor y no haberle aprovechado... ¡qué humillacion! Conozco hasta qué estremo llega vuestra desesperacion, y sin embargo de la compasion que me inspi-

rais, en mi vida he creido de mejor gana que al leer la lastimera relacion de vuestra lamentable historia; nada me ha parecido mas chistoso que la confidencia que habeis hecho á Madama de Sevigné. Hubiera dado alguna cosa buena por ver el semblante de la señora al oir la pintura de lo que ella llama vuestra *desgracia*, en sus cartas y cuando la asegurábais que *parecia que os habian encantado.* Me hubiera complacido sobre manera el oirla decir, que *se alegraba el veros castigado por donde habiais delinquido.* Ya veis de qué manera os compadecen! Lo que segun decís es la mayor de todas las desgracias, es para nosotras lo mas risible del mundo; y no dudo que la condesa lo mirará bajo el mismo punto de vista que nosotras ¿Cómo os atrevereis en adelante á presentaros á ella? Creedme; reconciliaos lo mas pronto posible con los *hechiceros*, ó mas bien, *haceros reparar el quilo por Pecquet* (1). Yo creo que teníais razon en decirme el otro dia que es-

(1) Médico Parisien, que trató de esta materia.

tábais como el compadre Eson y que necesitábais como él, que *os cocieran en una caldera con yerbas aromáticas para confortaros un poco.* La idea no es despreciable, y de cualquier modo que sea, debeis salir lo mas pronto posible del estado de oprobio en que os hallais; nada mas sensible para nosotras que ver perdido el fruto de nuestras flaquezas, pues solo nos perdonamos aquellas de que nuestros amantes saben aprovecharse. Mañana estaré de vuelta en París: ¿os hallaré tan vano como humillado estais ahora?

CARTA LXII.

¡Qué me decis, caballero!... Con que despues de haber merecido la confianza de la condesa he llegado á ser de pronto el objeto de sus zelos ¡Hé aqui precisamente lo que yo me temia: nuestra correspondencia la inquieta, y no puede ver con tranquilidad el ascendiente que otra tiene sobre vos. Yo la habia

distinguido de las demas mugeres: habia creido que conociéndome sin ningunas pretensiones á vuestro corazon, no llegaria á haber ninguna rivalidad entre nosotras. Pero una muger enamorada teme hasta su misma sombra; el esceso de su pasion la hace injusta, y la representa como positivo todo lo que la parece posible. Sin embargo, me ofende mucho menos su recelo cuando considero que es una nueva prueba de su inclinacion á vos, y si llegase á introducirse la desavenencia en vuestras relaciones por causa mia, seria para mí el mayor disgusto. Pero si, como preveo, exige de vos el sacrificio de las cortas ventajas que sacais de mi correspondencia no vacileis un momento en obedecerla: porque en un hombre de vuestra edad no debe la amistad servir de contrapeso al poder del amor.

No terminaré esta carta sin felicitaros del estado actual de vuestros negocios y aplaudir vuestra prudencia. Anoche os vi con la condesa en la ópera, y vuestros ojos y los suyos me revelaron mas de lo que ambos hubiérais podido decirme. No sé si lo haciais

á proposito; pero á través del aspecto atento y respetuoso que con ella tomábais se traslucia una confianza, un fondo de tranquilidad que os descubria. La atencion con que ella cuidaba de no miraros, ó de miraros como á cualquiera otro, no era menos espresiva para el que con intencion os examinase. La verdad, marqués, ¿os causaria enfado el que hubiesen conocido vuestro amor?... No lo creo.

CARTA LXIII.

Pensad, marqués, que vuestra perseverancia en verme y escribirme, apesar de prohibiciones espresas, vá á esponeros al enojo de que es capaz una muger zelosa. Siento infinito turbar la tranquilidad de dos personas á cuya felicidad hubiera deseado poder contribuir. Sin embargo, os lo confieso con toda ingenuidad, estoy interiormente escandalizada de la conducta de la condesa, y no os oculta-

ré el placer que ha esperimentado mi corazon al ver á la amiga contrarrestar el poder de la querida; aun no sé lo que con este motivo debo deciros; si venis á verme consultaremos. El consuelo que tengo es que la pobre presidenta no ha merecido mas atenciones; pero su suerte es muy distinta de la mia, pues que la habeis sacrificado sin consideracion alguna. Haber elegido para abandonarla un dia tan solemne como en el que la marquesa recibia por primera vez! ¡Escoger el momento en que la muger de toga se habia puesto sobre las armas para entrar en competencia de belleza con la señora de calidad! ¡No ocuparse en su presencia mas que del placer de obsequiar á su rival! Nada hay que mas ofenda que un proceder semejante. Estad seguro que no os perdonarán con facilidad este ultraje: descuidad que no quedará sin venganza, y la mas cruel que sea posible.

CARTA LXIV.

Me preguntais si el último favor, ó por mejor decir, la última falta que podamos cometer es una prueba segura de ser amados. Sí, y no.

Sí, si amais á una muger de cuya primera pasion sois el objeto y que esté dotada de virtud y delicadeza: pero aun en este caso no será esta prueba ni mas segura ni mas lisonjera para vos que todas las demas que de su inclinacion os haya dado. Todo cuanto hace una muger que ama; las cosas menos esenciales en apariencia, son otras tantas señales de cariño, tan positivas como aquella á que los hombres dan tanto valor. Y aun añadiré que si la muger virtuosa está dotada de una gran dosis de sensibilidad, el último favor probará menos que otros mil sacrificios de corta entidad, que apenas sabreis apreciar: porque en aquel caso obra en provecho suyo mas bien que en el vuestro; entonces está harto interesada en escu-

charos para que podais gloriaros de haberla persuadido, y cualquiera otro hubiese obtenido de ella igual ventaja. Yo conocí á una muger que se habia dejado seducir dos ó tres veces por hombres á quienes no amaba, y aquel de quien estaba apasionada nunca habia obtenido la menor fineza. De aquí concluyo que puede muy bien suceder que el último favor nada pruebe para el que le obtenga; al contrario, muchas veces la facilidad que halla en su triunfo es debida al poco aprecio que de él hacen. Nunca nos respetamos mas á nosotras mismas que á presencia de aquellos á quienes apreciamos; y estad seguro de que se necesita estar dominada por una inclinacion muy imperiosa para olvidarse de sí misma delante de aquel cuyo desprecio se desea evitar. Por éso vuestro pretendido triunfo puede estar fundado en principios que, lejos de ser gloriosos para vos, pudieran humillaros si llegáseis á conocerlos.

Vemos, por egemplo, un amante dispuesto á retirarse, tememos que se nos escape para dirigirse á otra mas condescen-

diente, y no queremos perderle, porque siempre es humillante el verse abandonadas, y cedemos porque no encontramos otro medio de conservarle, y no queremos dejar de hacer cuanto esté de nuestra parte. Si despues nos abandona, toda la culpa será suya; porque como la muger se aficiona aun mas por los favores que concede, cree que estos favores obligarán al hombre á ser agradecido. ¡Qué locura!... otras se rendirán por diferentes causas; la curiosidad decidirá á la una, que desea saber qué cosa es el amor; otra poco aventajada en hermosura querrá fijar á los amantes por el atractivo del placer: esta se empeñará en poseer un hombre cuya conquista lisongea su amor propio, y todo lo sacrificará por atraerle; otras en fin cederán á la lástima, á la ocasion, á las importunidades, al placer de vengarse de un infiel... ¡qué se yo! Es tan estraordinario el corazon, y las razones que le determinan tan singulares y varias, que es imposible descubrir los verdaderos resortes que le hacen mover: pero si nosotras nos formamos ilusiones sobre los medios de conservaros, debemos tam-

bien convenir en que los hombres suelen asi mismo engañarse en las pruebas de nuestros sentimientos. Si empleasen mas delicadeza encontrarian mil clases de finezas que prueban mas que los mas señalados favores; los rigores mismos, cuando son efecto de distincion, son en las mugeres de talento las mas evidentes señales de su aprecio; y cuidado con tomarlo á paradoja: conceden sin escrúpulo á los indiferentes favores insignificantes que rehusan á los que han escitado su sensibilidad. Porque con aquellos todo queda sin ninguna consecuencia, al paso que con estos las mas mínimas bagatelas toman importancia. Si los primeros obtienen algo, es por costumbre, y todo cuanto los últimos reciben es del corazon; ¡qué diferencia tan enorme! No son pues los favores los que prueban el amor, sino el motivo que nos determina á dispensarlos, el gusto que sabemos comunicar á las cosas mas indiferentes.

No sé en verdad como tengo valor para escribiros cartas tan largas y tan locas: esperimento en ello un gozo secreto, del cual llegaria á desconfiar si no conociese demasia-

do mi corazon; sin embargo bien reflexionado, como en la actualidad se halla vacío quiero ponerme en guarda contra vos. A veces se os antoja decirme espresiones demasiado tiernas, y quién sabe si acaso se me antojará á mí el escucharlas.

CARTA LXV.

Seria posible, que yo hubiese acertado al afirmar, que el amor es mas bien el Dios de las sensaciones que el de los sentimientos, y que la condesa os lo haya probado tan abiertamente como asegurais! ella, que se jactaba de despreciar los placeres sensuales? Con qué la aconsejábais que se atuviese á las relaciones de la simple amistad, renunciando á las locuras del amor, y no habeis hallado en ella bastante delicadeza para conocer cuánto ganaria en el cambio! ¿qué se han hecho aquellos sentimientos elevados que tanto os costaba combatir? Siendo incomparablemen-

te mas glorioso desempeñar el papel de amiga que el de enamorada, será acaso de esas mugeres que prefieren la vanagloria de escitar deseos, á la preciosa ventaja de merecer la estimacion de un amante? En todo caso ese modo de pensar no guarda consecuencia con aquellos principios de que antes no queria separarse. Pero al cabo la condesa es muger, y casi todas consideran á la amistad que se sigue al amor como un retroceso degradante; preferirian perderlo todo antes que reducirse á ese estremo; porque las cuesta mucho menos romper enteramente con un amante que continuar á sangre fria su trato. Y ¡cómo no han de humillarse, cuando en aquel mismo hombre no encuentran mas que simples atenciones en vez de solicitudes, consideracion en lugar de ternura, y aprecio en vez de amor? Sus ojos sin espresion, su corazon sin ser agitado, su sinceridad, su respeto eterno, no parecerán dar á entender á cada instante que en aquella muger desapareció ya la juventud y la hermosura? Imaginaos qué cosa mas ofensiva para quien sostiene pretensiones y

aun derechos! Asi, pues, no deben sorprenderos los arrebatos y las lágrimas que vuestra proposicion ha causado. La condesa os ama; es hermosa, y habeis herido á un mismo tiempo su corazon y su vanidad.

Os acordais con qué destreza la protestábais en un principio que no pretendíais mas que el título de amigo suyo? Recordad tambien con qué diligencia trató de conteneros cuando ya aspirásteis á la calidad de amante! Pues bien, cuando se trata de abandonar á una muger se necesitan tantas gradaciones para sustituir insensiblemente la amistad al amor, como seis meses antes para hacer pasar el amor, bajo el nombre de aquella amistad que tan preferible la parecia entonces; estad bien seguro de que vuestra proposicion, en el actual estado de cosas es tan ofensiva para una muger, como agradable la parecia en otro tiempo; y si se atreviese, os diria. «Por Dios, caballero, atended menos á esas cualidades sólidas que tanto os place hoy apreciar; olvidadlas, si quereis, para acordaros únicamente que soy amable aun; estoy muy poco satisfecha de las

ventajas de la amistad, y su superioridad sobre el amor no me parece tan marcada: poco estimulada por el deseo de escitar vuestra admiracion, me limito á merecer sentimientos menos nobles que los que me proponeis. Acaso mi eleccion no sea muy acertada, pero era tan completa nuestra felicidad!... nos ha proporcionado el amor momentos tan deliciosos, que no encuentro un motivo para abandonarle. Vais á acusarme de poco pundonorosa; sin embargo, quiero hablaros con franqueza, y si mi vida y mi tranquilidad os merecen algun aprecio, ¿me atreveré á decirlo? continuad amándome aunque no me estimeis.

CARTA LXVI.

El padre de la condesa ha sabido vuestras relaciones con su hija, ha creido á propósito formalizarse y la amenaza que va á desheredarla si insiste en recibiros: ella des-

precia estas desgracias y sacrifica treinta mil libras de renta á vuestro amor. Vos al contrario, por un esfuerzo de generosidad, preferís sus intereses á los de vuestro amor, y por conservar su tranquilidad y su fortuna consentís en no volver á verla: quién dirá ahora que no la amais de veras?... Yo lo diré, caballero, y lo diré con verdad: vuestra delicadeza es para mí tan sospechosa como para ella lo ha sido: el verdadero amor no es tan generoso; un hombre sinceramente apasionado, todo lo sacrifica, todo lo consiente por la felicidad de la persona amada, menos el separarse de ella para siempre; este es el único esfuerzo en el que su valor le abandona; esta desgracia solo se arrostra cuando es poco sensible.

Respondedme francamente: si os hubiesen precisado á separaros de la condesa cuando despues de haber logrado enternecer su corazon esperábais triunfar de su virtud, ¿hubiérais encontrado para abandonarla tantas razones como en el dia alegais? En aquel momento, ocupado enteramente de vuestra desgracia os hubiérais entregado á la mas

violenta desesperacion: hubiérais acusado la dureza, exajerado la injusticia de un padre cruel; hubiérais compadecido la suerte de vuestra amada: pero lo que no hubiérais hecho es renunciar á ella; antes morir que soportar tal sacrificio. Porque cuando los amantes se ponen en el caso de ostentar magnanimidad, los bienes de fortuna, una corona, la vida misma, es nada para ellos. Solo hubiérais tratado de elegir los medios mas justos para evitar las miradas de aquellos que hubieran podido perjudicaros: hubiérais buscado términos razonables para apaciguar á un padre irritado, pero sin renunciar al placer de verla en secreto. Y cuánto no hubiera aumentado este misterio, el valor de las mas insignificantes vagatelas! Este estorbo hubiera cedido en beneficio del amor, hubiera acrecido vuestro cariño, y jamás os hubiérais jurado tan de corazon un amor eterno; antes perderlo todo que separaros.

¡Cómo cambian los tiempos! Hoy que vuestra vanidad está satisfecha, que vuestros deseos se hallan cumplidos, aprovechais con avidez el pretesto de una honrosa retirada;

y aun llevaríais vuestra generosidad, si hemos de creeros, hasta el estremo de hacer pasar vuestra inconstancia como un esfuerzo, como un sacrificio digno del mas sincero agradecimiento. Pero creedme; eso seria llevar hasta el estremo vuestra firmeza; y luego nosotras las mugeres siempre nos empeñamos en tachar de hipocresia vuestra razon y esfuerzo: y como el heroismo en tales casos escede siempre á nuestras fuerzas, se nos hace sospechoso; os esponeis á perder el fruto de vuestras virtudes si las llevais hasta ese punto, y aun á ser acusado de falsedad. ¿No seria mejor que prefiriéseis una falta de gusto en nosotras á esas perfecciones que nos ofenden? Teneis la desgracia, marqués, de haber elegido por confidente á una muger que no cree con facilidad en las virtudes. Estoy tan acostumbrada á ver á los hombres hacer pasar bajo ese nombre sus verdaderos vicios, que generalmente me encuentro muy poco dispuesta á admirarlos; y la condesa tiene razon en considerar como sospechoso el sacrificio que quereis hacerla; yo, lo mismo que ella solo veo en él una inconstancia

disfrazada, un verdadero abandono. Finalmente, os hacemos justicia, caballero: un hombre tan razonable como vos no está ya enamorado; y en verdad que no hay medio para estarlo aun, despues de quince dias enteros de prosperidades.

CARTA LXVII.

La calma ha sucedido á la tempestad que parecia amenazaros, y la condesa ha sabido hallar el secreto de calmar á su padre. ¡Qué felicidad la suya, si sabe en adelante conservar con prudencia vuestro corazon! Ved cuán diferentes efectos produce su modo de conducirse, á los que su prima esperimenta; el moderado rigor de la primera ha aumentado vuestro afecto hácia ella, al paso que la contínua facilidad de la marquesa ha tenido por premio la infidelidad del caballero: tales son los hombres en general: su ingratitud es casi siempre el premio de nuestros favores. Sin embargo, esta desgracia no es

irremediable, y con este motivo voy á comunicaros una carta que hace algun tiempo recibí del caballero St. Evremont: no ignorais la íntima amistad que con él he tenido. El jóven conde de... acababa de casarse con la señorita... de quien estaba locamente enamorado: un dia se quejaba de que el himeneo y la posesion del objeto amado, no solo debilitan, sino que destruyen casi siempre el mas tierno amor. Disertamos sobre este objeto largo tiempo, y como en el mismo dia tenia que escribir á St. Evremot, me ocurrió pedirle parecer sobre el particular, y ved cuál fue su respuesta.

CARTA DEL CABALLERO ST. EVREMONT

Á NINON DE LENCLÓS.

«Mi parecer es absolutamente conforme al vuestro, señorita; no siempre sucede como generalmente se cree, que el himeneo ó la posesion del objeto amado destruyan por sí mismas al amor: la poca inteligencia con que se prodigan sus sentimientos, la posesion

demasiado completa, demasiado fácil, demasiado contínua, son las verdaderas causas de los disgustos que se esperimentan amando. Cuando uno se entrega sin reserva á los arrebatos de una pasion, esos grandes sentimientos del alma no pueden menos de agotarse dejando en ella una profunda soledad. El corazon esperimenta entonces un vacío que le inquieta y le entivia: en vano buscamos fuera de nosotros mismos las causas de la calma que sucede á nuestra agitacion; no conocemos que si hubiésemos moderado esos sentimientos gozariamos en premio una felicidad mas igual y duradera. Analizad lo que pasa en vos cuando deseais una cosa, y vereis que vuestro deseo no es mas que una verdadera *curiosidad*: pues esa curiosidad es el resorte del corazon, y luego que se halla satisfecha, se desvanecen ya nuestros deseos. Por eso la que quiera asegurar á un esposo, ó á un amante, no tiene mas que dejarle siempre que desear alguna cosa; prometerle cada dia alguna novedad para el siguiente: diversificad sus placeres, proporcionadle en el mismo objeto los atrac-

tivos de la inconstancia, y yo os respondo de su insistencia y fidelidad. Seguid la moral de Montaigne: enseñemos, dice, á las mugeres á hacerse valer, á estimarse á sí mismas, á distraernos, á embobarnos haciendo desear sus favores y comunicándolos en pequeñas porciones: todas, sin escepcion, hasta la miserable vejez, encuentran algun recurso segun su mérito y su valor.

»Confesaré sin embargo, que en *una muger de corta disposicion*, el himeneo, ó el último sacrificio, es casi siempre el sepulcro del amor. Pero entonces no es al amante á quien hay que echar la culpa, sino á la que se queja de su frialdad, á la que achaca á la corrupcion del corazon humano lo que solo es efecto de su ninguna economía y su torpeza. Ella sola es la que ha espendido en un dia todo lo que podia sostener el deseo que habia logrado escitar. Nada tiene ya que ofrecer á la curiosidad de un amante; es siempre una misma estátua; ninguna variacion tiene que esperar; ya la conoce toda de memoria. No sucede asi en *una muger tal cual yo la imagino*: ella es la au-

rora del dia mas dichoso; es el principio de los mas satisfactorios placeres: me parece estar oyendo las espansiones del corazon, las confidencias recíprocas que colocan el alma en la situacion mas deliciosa; aquellas ingenuidades, aquellas declaraciones, aquellos arrebatos que escita en nosotros la certidumbre de hacer toda la felicidad de merecer todo el aprecio del objeto á quien amamos. Ese dia es la época en que el hombre delicado va á descubrir tesoros inagotables que hasta entonces habian cuidado de ocultarle: la libertad que una muger adquiere pone en juego todos los sentimientos que la reserva tenia oprimidos: el corazon cobra su entusiasmo, pero un entusiasmo moderado y razonable. El tiempo, lejos de traer consigo el disgusto, suministra nuevas razones para hacerla amar mas y mas. Pero esto sucede, lo repito, cuando tiene suficiente talento para dominar su inclinacion: porque para asegurarse un amante no basta (porque acaso sobra) amarle con estremo; es preciso amarle con prudencia y con cierta reserva: el pudor es en este caso la cosa mas ingeniosa que

puede haberse inventado. Al contrario, entregarse, á la impetuosidad de su inclinacion, anonadarse por decirlo asi en el objeto amado, es conducirse como muger sin discernimiento. Eso no puede llamarse amor; es un amor del momento, es querer hacer de su amante un niño mimado. Yo quiero que la muger se conduzca con mas reserva y consideracion: no basta el esceso de su ardor para justificarla á mis ojos, porque el corazon humano es como un caballo fogoso cuya vivacidad es preciso refrenar, porque si no se saben economizar sus fuerzas, esa velocidad no será mas que un arrebato pasagero. La misma tibieza que esperimentais en el amante despues de aquellos movimientos convulsivos, lo sufris vos misma, y no tardareis en conocer los dos la necesidad de separaros. Nadie presume cuánto talento se necesita para amar y ser feliz en el amor: hasta el momento del fatal *sí*, ó si se quiere hasta su derrota, no necesita una muger valerse de artificios para conservar un amante: la curiosidad le estimula, el deseo le sostiene, la esperanza le anima! Pero apenas

llega á ser feliz, á ella la toca desvelarse para conservarle tanto como él se desveló para vencerla. El deseo de fijarle debe hacerla ingeniosa; porque el corazon es como las plazas fuertes que cuesta menos rendirlas que conservarlas. La hermosura basta para enamorar á un hombre; para hacerle constante es preciso reserva, ingenio, y cierta mezcla de enfado y de desigualdad. Pero las mugeres por desgracia, son en ese caso demasiado sensibles, demasiado condescendientes: acaso seria necesario para el bien comun que opusiesen menos resistencia al principio, y mas en lo sucesivo. Vuelvo á repetir que de ningun otro modo evitarán la repugnancia, que dando al corazon el tiempo necesario para desear.

Las oigo quejarse contínuamente de que nuestra indiferencia es siempre el fruto de sus condescendencias para con nosotros: nos recuerdan á cada paso el tiempo en que llenos de amor pasábamos dias enteros á su lado. ¡Qué ciegas son! ¡y no distinguen que es tiempo aun de conducirnos á aquellas situaciones cuyo recuerdo las es tan apreciable!

que olviden la que ya han hecho por nosotros; que nó se dispongan á hacer mas aun que nos lo hagan olvidar á nosotros mismos, y seremos menos exigentes; que estimulen nuestro corazon por medio de nuevas dificultades; que procuren renacer nuestras inquietudes; y por último, que nos hagan desear nuevas pruebas de una inclinacion, cuya certidumbre hace disminuir á nuestros ojos su valor, y entonces estarán mas satisfechas de sí mismas y tendrán menos porque quejarse de nosotros. Francamente: las cosas cambiarian de aspecto, si las mugeres se acordasen de que su papel es hacerse solicitar, al paso que el nuestro, es de suplicar y merecer nuevos favores, que nunca deben ellas anticiparse á ofrecer. Deben ser recatadas hasta en el esceso de la pasion y guardarse bien de entregarse sin reserva: el amante entonces, siempre tendrá algo que desear, y por consiguiente estará siempre sumiso para obtener. Las complaciencias sin límites desvirtuan los mas seductores encantos; y llegan á hacerse repugnantes al que las exige: es una verdad esperimentada que la

saciedad coloca al mismo nivel á todas las mugeres: la bonita y la fea, no se distinguen despues de su derrota sino por el arte que emplean en conservar su autoridad: pero ¿qué es lo que comunmente sucede? La muger cree que no tiene que hacer otra cosa que ser fiel, amable, cariñosa é igual en su trato; y en cierto modo tiene razon, porque esas son las cualidades que deben formar el fondo de su caracter, y no dejarán de hacerla apreciable: pero esas mismas cualidades tan dignas de elogio como son, si cierto matiz de desigualdad no las hace resaltar, no evitarán por eso que se estinga el amor y que lleguen á reemplazarle la languidez y el fastidio, venenos mortales para los corazones mejor constituidos.

¿Sabeis finalmente por qué los amantes se disgustan facilmente en la prosperidad? ¿Por qué se agradan muy poco, despues de haberse agradado mucho? Porque las dos partes interesadas habian una y otra formado una idea igualmente equivocada: el uno cree no poder obtener ya nada mas; la otra imagina no tener nada mas que dar;

de aquí se sigue necesariamente que el uno descuida sus solicitudes, la otra deja de hacerse valer, ó crée que no puede darse mas valor, sino por las cualidades sólidas; la razon y el aprecio sustituyen al amor, y desde entonces ya no hay estímulo en el trato; se acabaron ya aquellas cariñosas disputas tan necesarias para impedir el fastidio.

"Y cuando pretendo que la uniformidad en la correspondencia amorosa sea animada por alguna que otra tormenta, no creais sea mi intencion asegurar que para ser dichosos dos amantes tienen que estar disputando á todas horas. Desearia únicamente que sus desavenencias naciesen del mismo amor: que la hermosa no olvidase por una bondad pusilánime los respetos y consideraciones que se la deben; que por una escesiva sensibilidad, no hiciese de su amor un foco de inquietudes capaz de envenenar todos los momentos de su vida; que por una fidelidad escrupulosa no asegurase á su amante que nada tenia que temer por esa parte; que se guardase, en fin, de una amabilidad, de una igualdad inalterables; la muger no de-

be incurrir en la debilidad de perdonar al hombre cualquier atrevimiento. La esperiencia hace conocer demasiado que si las mugeres pierden el corazon del esposo ó del amante es por su demasiada facilidad é indulgencia. ¡Qué torpeza la suya! creen contraer un mérito sacrificándolo todo y solo consiguen hacer ingratos. Toda su generosidad se convierte contra ellas mismas, y logran acostumbrarlos á inspirar como un derecho, lo que solo se les ha concedido como una gracia.

«A cada paso se ven mugeres, (aun entre aquellas que con razon deben ser despreciadas) reinar con cetro de hierro y tratar como esclavos á los hombres que se apasionan de ellas, logrando envilecerlos á fuerza de dominarlos. Pues esas mugeres son las que por mas tiempo son amadas; creo que á ninguna muger cuerda y bien educada no se la ocurrirá seguir su ejemplo; ese aspecto militar repugna á la dulzura de las costumbres y ofende á la decencia, que forma el encanto aun de aquellas cosas que mas se separan de la virtud. Pero si una muger razonable sabe debilitar un poco el colorido de ese cuadro,

en él tiene trazada la conducta que debe observar con un amante. Nosotros los hombres somos como los esclavos á quienes la escesiva bondad hace insolentes, y á veces es preciso tratarnos como á los del nuevo mundo. La regla de justicia que tenemos en el fondo del corazon nos advierte que si alguna vez cae con fuerza sobre nosotros la mano que nos gobierna tiene demasiada razon para egecutarlo, y se lo agradecemos.

«Finalmente, en todo cuanto conviene á la jurisdicion del amor, las mugeres deben ser las soberanas; de ellas es de quien debemos esperar toda nuestra felicidad; que indudablemente llegarán á hacerla, si saben gobernar con inteligencia nuestros corazones, moderar su propia inclinacion y sostener su autoridad sin abusar de ella ni comprometerla.

CARTA LXVIII.

Vais á saber mi parecer en cuanto á la carta que ayer os remití. Para que una muger pueda aprovechar los consejos del caballero St Evremont, es necesario que solo haya adquirido una aficion mediana y que haya escitado una pasion escesiva; y aun creo que haya caracteres sobre los cuales seria peligroso aplicar su sistema; en adelante tendremos tiempo de hablar sobre este punto; ahora vamos á lo que os importa.

¿Habeis advertido mi silencio?.... Si hace ocho dias no os escribo es porque sé que sois feliz y esta idea me tranquilizaba. He conocido que era preciso que el amor tuviese sus derechos; y como generalmente su reinado es de corta duracion, y sobre todo, como la amistad nada tiene que hacer con él, esperaba con calma que un intérvalo de placer os permitiese leer mis cartas. ¿Sabeis lo que yo hacia durante ese tiempo? Me divertia en combinar los sucesos que deben acae-

cer en el estado en que consideraba vuestras relaciones. He previsto las etiquetas de la condesa con su rival, he presentido que esto vendria á parar en una rotura completa, y que la marquesa no seria del partido de la primera, sino que abrazaria la causa de la otra. La togada no es tan bonita como su rival, razon decisiva para declararse por ella y apoyarle sin peligro: y ¿cuál debia ser la consecuencia de todo? La desunion que entre las dos se ha introducido. ¡Qué de trastornos, Dios mio, en tan poco tiempo! solamente vuestra felicidad es la que nada ha sufrido: cada dia encontrais nuevos motivos para amar á esa apreciable condesa. Creed, que una muger de su mérito y de una fisonomia interesante, no puede menos de ganar dándose á conocer mas y mas: ya veis que no soy vengativa y hago justicia hasta á los que me la niegan. Deseo que no se debilite el aprecio que la conservais. Habeis ya obtenido de ella la prueba de su pasion que tanto deseábais; pero ¿es por eso menos digna de estimacion? Al contrario, su corazon debe valer mucho mas á vuestros ojos por la certidumbre que ha-

beis adquirido de ser su único posesor. No me cansaré de decirlo; los hombres son demasiado injustos, cuando se creen con derecho de afrentar á una muger porque los haya amado con esceso. ¿No es demasiado cruel insultar al dolor que nos causa vuestra inconstancia? ¿Por qué habíais de dar á conocer vuestro hastío por medio de denuestos? ¿Si somos culpables, debe acaso castigarnos, el que se ha aprovechado de nuestras faltas? No es nuestra derrota por *sí* misma la que debe hacernos despreciables á vuestros ojos; el modo con que nos hemos defendido, rendido y conservado debe ser la única medida de vuestra estimacion ó vuestro desprecio.

CARTA LXIX.

Sí, Marqués, un hombre de vuestra edad, un militar, sobre todo, se halla espuesto á malas compañías, y muchas veces es conducido á pesar suyo á casa de las deidades de

que me hablais; pero en el estado en que vuestro corazon se halla no son nada peligrosas para vos las heroinas de coliseo. Sin embargo la condesa arruga el ceño y no me admiran sus zelos: esas son nuestras metafísicas; ahora creed en su sinceridad. Todas os dicen: «Yo solo deseo vuestro corazon y vuestro aprecio, el querer mas es de mugeres despreciables: no sé como pueden admitir semejantes cosas en una pasion; ¡qué horror para un corazon delicado!...» Y si dais á conocer que las habeis cogido la palabra y vais á otra parte con lo que ostentan desdeñar, ¡cuántas reconvenciones! ¡cuántos zelos! La condesa se asemeja mucho á esas mugeres, y sus quejas son por cierto bien estrañas, porque al cabo ¿qué las quitan? Las hermosas de que hablamos serán todo lo que quieran menos mugeres de sentimientos; si á examinarlo fuéramos, ¡á que no era de los sentimientos de lo que se habian enamorado! ¡Oh naturaleza! ¡naturaleza!!...

Pero no es solamente en esto en lo que las mugeres no estan de acuerdo consigo

mismas. Se esfuerzan en ostentar desprecio para con las damas de teatro, y las temen demasiado por lo mismo que las desprecian. ¿Y qué? ¿hacen mal en temerlas? ¿No sois los hombres mucho mas sensibles á la facilidad de su trato, que al de una muger juiciosa que solo ofrece orden, decencia y uniformidad? Con las primeras estais á gusto, parece que las hallais en su estado normal; á estas las observais que se contienen y estais como fuera de vuestro centro. Se ha hablado en particular de algunas de ellas, y creo que las hay muy capaces de hacer inconsecuente al hombre mas fiel; pero esta infidelidad, si acaso lo es, no puede ser duradera en un hombre sensato. Podrán escitar un vivo deseo, pero no una pasion verdadera: debe considerárselas como una salsa demasiado picante para hacer de ella un plato cuotidiano.

Si las operistas poseyesen medios en el humor ó en el ingenio para divertiros siempre como lo hacen las primeras veces que las veis, serian demasiado peligrosas. Por escasas que sean en su produccion, por poca decencia de que se revistan en las aparien-

cias, es imposible que por de pronto dejen de agradaros: ¡sois tan poco delicados en algunas ocasiones!... La libertad de su conversacion, la sagacidad de sus chistes, sus locuras; todo os coloca en una situacion agradable: se apodera de vosotros una alegria, un atolondramiento increibles; las horas os parecen instantes. Pero por fortuna son harto escasos sus recursos para sostener un papel tan divertido. Como carecen de educacion y de cultura tardan muy poco en recorrer el limitado círculo de sus talentos. Sus mismas burlas, las mismas monerias vuelven á repetirse una vez y otra, y no siempre estamos de humor de reir dos veces de una misma cosa, sobre todo cuando no se tiene en mucho aprecio á los graciosos.

Tranquilícese pues la condesa; os conozco demasiado para asegurarla que no son esas las mugeres que deben darla cuidado. Las hay mucho mas temibles en el mundo y son las mugeres galantes. Estos seres equívocos ocupan en la sociedad el lugar intermedio entre las mugeres honradas y las de que acabo de hablar: viven como las prime-

ras, y solo en las apariencias se diferencian de las segundas. Menos tiernas que voluptuosas, seducen presentando los sentimientos menos delicados con cierto colorido de pasion, que los hace aparecer como un amor verdadero. Ingeniosas en dar cierta impresion de ternura á lo que no es mas que aficion á los placeres, hacen creer que solo se rinden por eleccion, por conocer vuestro mérito: y si no teneis noticia de su galantería es imposible distinguir los verdaderos motivos que las hacen obrar, de la sensibilidad del corazon y del amor sincero: tan débil es la matiz que diferencia sus sentimientos: se juzga facilmente esceso de pasion lo que no es mas que entusiasmo de la sensualidad: el hombre cree ser amado porque es amable, y no lo es mas que por ser hombre; tales son las mugeres que yo en el lugar de la condesa temeria: la presidenta es de este número; consérvase aun fresca y lozana, y está en la edad en que nos encargamos gustosas de iniciar á los jóvenes en los secretos del gran mundo y darlos la primera leccion de galantería. El rostro interesante y afectuo-

so que advertí en ella llegará á hacer su efecto; cuidado, que soy yo quien os lo advierte. Por mas que afecteis despreciar esas mugeres, llega un dia en que os aficionais á ellas y consiguen encontrar el secreto de haceros cometer mas locuras que todas las demas.

CARTA LXX.

¿Admirarme yo, marqués de los nuevos obsequios que la presidenta os ha hecho?... Conozco demasiado á las mugeres. No dudeis un instante que deje de poner en práctica todos los refinamientos de la coqueteria para arrebatar vuestro corazon á la condesa: puede estar apasionada de vos, pero moderad vuestro amor propio. El mas poderoso motivo que la conduce es el deseo de vengarse: se halla harto interesada su vanidad en castigar á su rival de haber obtenido la preferencia; esas burlas jamás se las per-

donan las mugeres, y si el causante de sus desavenencias no forma el primer objeto de su odio, es porque necesitan de él para que sirva de instrumento á la venganza. Por lo demas, habeis encontrado en la rival de la condesa precisamente lo que exigiais de esta para serla constante. Os ofrecen de antemano el premio de vuestros desvelos, y acaso lleguen á dispensaros de estos; mucho temo que no tengais la poca delicadeza de aceptar estas ofertas: porque en el corazon de los hombres hay escrito un lema que dice: *A la mas fácil.*

Pero no deberiais sonrojaros de merecer la mas mínima reconvencion de la condesa? Y ¿á qué muger os parece vais á dar la preferencia? A una muger sin delicadeza, sin amor; á una muger que solo se deja arrebatar por el atractivo del placer: mas vana que sensible, mas viva que afectuosa, solo busca y solo apetece en vos vuestra juventud y las demas ventajas que la acompañan.

Bien sabeis todo lo que vale su rival, bien conoceis todas las faltas que en vuestra ceguedad habeis cometido; convenís en que

sois un monstruo de ingratitud, y sin embargo nada poneis de vuestra parte para merecer su gracia: en verdad, marqués, que os desconozco: tiene razon Madama de Sevigné cuando asegura que su hijo conoce sus deberes, que raciocina muy bien, pero que se deja arrastrar por las pasiones, de forma, que *si es loco, no es de la cabeza, sino del corazon.* A lo menos debe consolarse la condesa con que, se acerca el tiempo en que dejará de merecer las reconvenciones de su padre con respecto á vos... Pero ¿no es ridículo para mí el escitaros á la constancia despues de haber predicado una moral enteramente opuesta, y cuando ya está decidido que dejareis de amar y que estais *loco del corazon*? No podrán dar motivo mis exhortaciones en favor de la condesa, á que tal vez se me acuse de hipócrita?... Renuncio, pues, á hablaros del particular en lo sucesivo, y os abandono á vuestro fatal destino: ¿me convendria acaso tomar para con vos el tono de un pedagogo? Seguramente no, porque entonces perderiamos los dos, yo me fastidiaria y no conseguiria reformaros.

CARTA LXXI.

Con que no sabiais que es mucho mas difícil deshacerse de una querida que adquirirla!... ahora lo esperimentais. Vuestro fastidio con la togada, solo me sorprende por que no le habeis esperimentado antes. Conoceis su carácter y podeis llegar á creer que su desesperacion al ver aumentar de dia en dia vuestra indiferencia, es efecto de una pasion verdadera; llegareis á ser otra vez víctima de su amañada conducta: admiro y compadezco vuestra cegüedad. Pero ¿no será tal vez la vanidad la que contribuya á fortalecer vuestra ilusion? En verdad que sería una vanidad bien singular la de ser amado por una muger semejante; aunque hay hombres tan vanos, que serían capaces de engreirse con el amor de la mas desenvuelta cortesana: de todos modos, desengañaos: una muger á quien se abandona, cuando es del carácter de vuestra heroina, no lleva en su dolor otras miras que las de su pro-

pio interés. Sus lágrimas, su desesperacion no llevan otro objeto que persuadiros de que vuestra persona y vuestro mérito son las únicas causas de su dolor; que la pérdida de vuestro corazon es el colmo de su desventura; que la será imposible encontrar quien la consuele... pues todos esos sentimientos son fingidos. No es una amante aflijida la que os habla, sino una muger vana, desesperada de no haberse anticipado á abandonaros; sentida del poco poder de sus atractivos, inquieta por el modo de reemplazaros con brevedad, deseosa de darse cierta importancia de sensibilidad, de parecer digna de mejor suerte; en una palabra, justifica esta idea de Rochefoncault. *Las mugeres no lloran sus amantes por haberlos amado, sino por parecer mas dignas de ser amadas.* A D... la toca aparentar sentimiento; y en verdad que es necesario que haya formado de vos una idea particular para esperar atraeros. Si quereis conocerla, ahora que el caballero está libre de compromiso, proponedle que os reemplace para con ella, y estoy segura que no me escribireis dos cartas sin ha-

blarme de la facilidad con que se ha consolado de vuestro abandono.

CARTA LXXII.

Qué, marqués, aun no estais bien curado del amor de la condesa para mirar á sangre fria su indiferencia y la conducta que podrá observar? ¡Qué estravagantes son los hombres! quieren que una muger les considere siempre como objetos interesantes para ella, al paso que ellos al dejarla generalmente nada olvidan para persuadirla que la desprecian! ¿qué os importa, decidme, el odio ó el amor de una persona á quien ya no amais? Vuestros zelos contra los que la rodean son tan injustos y destituidos de razon que me han hecho reir á carcajada. No es muy sencillo, muy natural que una muger se consuele de vuestra pérdida dando oidos á un hombre que sabe apreciar mejor que vos el mérito de su corazon?... Y ¿con qué

derecho podeis quejaros? Examinad vuestra conciencia y convenid con Madama de Sevigné que teneis loco el corazon.

El único interés que os permito tomar por la condesa es el de impedir que haga la locura que dicen tiene proyectada. La resolucion que aseguran ha tomado de casarse con el viejo baron de... la pone precisamente en la clase de las mugeres, que os nombraría si fuese maldiciente. Hay algunas que nunca han conocido la moderacion, y cada paso que dan es un acto de desperacion. Tomemos por ejemplo nuestra heroina: durante su matrimonio creyó que la virtud era inconciliable con la disipacion del gran mundo, y abrazó la profesion de beata enterrándose viva. En su viudez se figuró que esa misma virtud no podia conservarse de otro modo que disfrazándola bajo el velo de la coquetería, y se hizo coqueta para evitar los lazos del amor: la sensibilidad la hizo pasar de ese estado al de muger sólida y apasionada: conoce que su aficion á un jóven puede ser nociva á su reputacion, se vé abandonada, y cree hacerlo olvidar todo, dando

su mano á un viejo: apenas haya vuelto en sí de esta última locura, la vereis tomar por amante algun jóven militar. Asi hay una multitud de mugeres, que con la mas sana intencion, cometen por reflexion tantas imprudencias, como otras por atolondramiento.

Sobre todo, el partido que me proponeis me ha parecido en estremo gracioso: conozco que habria mucha candidez por mi parte, en ayudaros en vuestro proyecto de venganza, contra vuestra infiel. Aunque no fuese mas que por despecho, y por la singularidad del caso deberiamos amarnos; pero generalmente suelen parar en mal esta clase de burlas. El amor es un traidor que nos araña aunque no queramos mas que chancearnos con él: asi marqués, conservad vuestro corazon; seria un escrúpulo para mi separar del comercio un objeto tan precioso: ademas estoy tan fastidiada de los engaños de los galanes que no quiero tener en adelante mas que amigos. Es muy molesto tener siempre que contar con el amante: yo empiezo ya á conocer el precio del descanso y quiero gozar de él. Por otra parte seria

muy gracioso que os empeñáseis en que necesitábais consolaros, y que mi situacion exige el mismo socorro por la ausencia del conde de... Desengañaos; me basta con mis amigos; si quereis contaros en este número no os acordeis de requebrarme en adelante, si no... Adios, marqués.

Y ahora ¿creereis mis profecías? ¿qué os dige? ¿Ha encontrado muchas dificultades el caballero en persuadir á vuestra Penelope? Esa muger desconsolada, dispuesta á atravesarse el corazon, en menos de quince dias os ha dado un sucesor, le ha amado, y se vé ya despreciada: ¿es esto perder tiempo? ¿Qué os parece?

CARTA LXXIII.

Si insistís hablándome en el mismo tono abandono el puesto; ¿quién diablo os ha sugerido el capricho de reemplazar á los amantes? Es imposible loquear como lo hi-

císteis ayer tarde; no sé como os compusísteis que por mas deseos que tenia de incomodarme de vuestras ocurrencias, me fue imposible hallar el enojo contra vos. No sé en qué vendrá esto á parar; pero lo cierto es que por mas que hagais estoy decidida á no amaros y no os amaré jamás. Si señor, jamás. Y á la verdad, que es una cosa estraña, querer persuadir á una muger de que está afligida, y que necesita consuelo, cuando ella os asegura que no hay tal afliccion y que de nada necesita; esto es llevar las cosas hasta la tirania. Reflexionad un poco sobre la locura que se os ha puesto en la cabeza, y decidme si seria decente que yo fuese á ocupar el lugar de una antigua amiga; que una muger que os ha servido de mentor, que ha desempeñado para con vos las funciones de madre, pretendiese ahora las de querida? ¡Qué perverso sois! Si tan pronto habeis abandonado á una muger jóven y hermosa, qué hariais con una vieja solterona como yo? Acaso quereis emprender mi conquista para saber si el amor en mí es lo mismo en la práctica que en la teórica? pues

para eso no os comprometais á los dispendios de la seduccion, que voy á satisfacer inmediatamente vuestra curiosidad.

Bien sabeis que raramente se encuentra una persona que obre con arreglo á sus principios; que cuando nos ponemos á aconsejar hablamos como oráculos, y por lo que á nosotros toca obramos como locos: pues eso precisamente es lo que en mí esperimentaríais en el trato amoroso que conmigo os empeñais en entablar. Cuanto os he dicho sobre las mugeres y sobre el amor, no puede revelaros nada del modo con que en tal ocasion pudiera conducirme. Hay mucha diferencia entre sentir, y obrar por sí misma, y pensar de los demas: encontrariais á mas en mí muchas particularidades que acaso os desagradarian, porque mi corazon no se deja conducir como los de las demas mugeres, y podria ser muy bien que á todas las conociéseis y no conociéseis á Ninon: podeis creerme, las novedades que descubririais en mí, no os recompensarian de los dispendios que hariais por agradarme. En vano exagerais el mucho precio en que tendriais mi conquista;

supuesto que así lo decís, haceis demasiados desembolsos en confianza, y yo no me considero capaz de daros cuenta de ellos. Permaneced en una carrera mas brillante: la corte os ofrece millares de mugeres hermosas, con las cuales no os espondriais como conmigo, á fastidiaros á fuerza de filosofar y de sutilizar vuestro ingenio. Veo sin embargo que no puedo dejar de recibiros hoy, pues que me anunciais vuestra visita por medio de billetes: os espero á la noche ¿quereis mas? Ved aquí una cita en toda regla. Pero esta misma facilidad os dará á conocer lo poco que os temo, y que de todos vuestros requiebros solo daré crédito á los que me agraden; que aun no es fácil engañarme sobre este particular: conozco tanto á los hombres!...

CARTA LXXIV.

Vais á leer una carta, caballero, que vá á ocasionaros tanto placer como á mí me ha

causado, aunque no convenga enteramente en los sentimientos que me suponen para con vos.

CARTA DE LA CONDESA

Á NINON DE LENCLÓS.

«¿Esperábais, mi querida Ninon, recibir la carta que os estoy escribiendo? Despues de tantos motivos de queja como mis impertinencias os han causado, no habia apariencia de que algun dia pudiésemos entendernos; pero esta es la suerte de cuantos os han conocido; todos han aspirado despues al título de amigos vuestros: yo siempre me cuento en este número y vos sois harto juiciosa para dejar de olvidar todas mis injusticias, atendiendo á la locura que entonces me tenia arrebatada: pero ya estoy bastante curada de ella para temer que vuelva á hacerme cometer semejantes estravios: mi razon se halla suficientemente fortalecida para permitirme sostener con indiferencia la vista del marqués, y aun si necesario fuese po-

dria servir de confidenta de su amor con otra, y si, como me lisongeo, me restituis vuestra amistad, estoy casi segura de llegar á ese caso. Es inutil engañarse á sí misma, mi querida amiga: los dos os estimais sin que aparenteis conocerlo. ¡Cuántos hay que conocen admirablemente el juego de las pasiones en los demas, al paso que ignoran su propio corazon!— Estoy muy distante de inculparos la pérdida del marqués: no está en vos la falta sino en mí que como muger sin reflexion no creia que el amor fuese como asegurábais un juego del capricho ó de la casualidad. Vos me habeis enseñado á reducirle á su verdadero valor, y conozco que debe ocupar su lugar en mi corazon un sentimiento mucho mas preferible, cual es la amistad: quiéroos imitar en esto, y me parece que nos hallamos en la disposicion mas á propósito, para sostener largo tiempo todos tres, la que por siempre debe unirnos.»

¿Habeis conocido, marqués, en la lectura de esta carta, cuán apreciables se hacen para nosotros los que nos evitan de cometer algunas faltas? Por mi parte no sé á qué

atribuir el gozo que me ha causado este paso de la condesa. He mandado disponer al momento mi carruage para pasar á abrazarla.

CARTA LXXV.

Si lo tomais por empeño, Marqués, me pondreis en el caso de deciros lo que una muger muy fea, pero de mucho talento, decia en cierta ocasion á un conocido nuestro. Fingia el papel del hombre enamorado, y no sé por qué capricho llevaba hasta la pesadez sus pretensiones. «Caballero, le dijo, cuidado con lo que haceis, porque si insistís me pondreis en el caso de rendirme.» Me dan ideas de haceros la misma amenaza; porque al cabo, ¿sabeis á lo que os obligais si insistís en hacerme creer que estais enamorado de mí? Os sentís con fuerzas para sostener todo el amor que necesitariais para igualar al que yo pudiera tomaros? Hasta

ahora solo habeis esperimentado aficiones frívolas, inclinaciones ordinarias: ¿estará acaso reservado á Ninon enseñaros lo que es el verdadero amor? No hay tantos corazones capaces de esperimentarle como se cree. ¡Cuántas personas le degradan creyéndole conocerle! Y yo misma he sido hasta ahora de ese número. ¡Qué profanacion equivocarle con un deseo de goces, una necesidad maquinal, un comercio de vanidad y coquetismo! ¿Sabeis lo que yo entiendo por amor, hablando de mí misma? Es un sentimiento sublime, vehemente, emprendedor de grandes cosas, que os inflama y os arrebata, que cambia los caracteres, y os hace tan diferente de vos mismo, como lo sois de los demas. Es aquella dulce analogía de dos amantes que parecen atraerse y confundirse; aquella feliz inteligencia de los corazones, aquella complacencia en el objeto amado que esparce en el alma una serenidad que la colma de placer. No habeis aun esperimentado sino el amor de la juventud; esto es, el que nace de una gran fermentacion de la sangre, que solo los goces tiene por objeto; de este amor no

os he hablado hasta ahora; ¿erais entonces capaz de presumir una especie diferente?... Hay sin embargo otra, que aunque igual en el fondo es mil veces preferible por el modo delicado con que se hace sentir. Pero no quiero hablaros de ella hasta que os considere digno de conocerla.

CARTA LXXVI.

No, marqués; no he faltado á la verdad cuando en otra ocasion os hablaba del amor de un modo distinto de lo que en el dia lo hago. Cada edad tiene su modo de ver las cosas, y yo os he hablado sucesivamente del modo que conviene á la vuestra. Tampoco os he engañado hablándoos de las mugeres: todo cuanto os he dicho es generalmente cierto, aunque puede haber algunas escepciones. Permitidme que me proponga á mí

misma por ejemplo, y vereis que no todas son del mismo caracter y cuánto me diferencio yo particularmente de todas las demás. En ellas es casi involuntario el amor y sus progresos; si quieren decidirse á amar, parece que temen entregarse á una inclinacion que las arrastra y no consienten amar sino por grados, midiendo siempre su cariño por el afecto que las manifiestan; se sonrojan, en fin, de tener un corazon tal como debe ser, esto es, sensible; y ¿por que? Porque su amor es mediano, su alma tímida y su caracter débil; no se atreven á parecer lo que son, ¿y es ese el amor? ¿son esos los corazones dignos de esperimentarle? ¡cuán diferente es el mio! ¿Creeis que hubiese esperado al vuestro para decidirse? ¿os figurais que mi pasion se mediria por la vuestra, ó que la opinion ó el ejemplo de los demas influiria en mis sentimientos? ¡Qué mal me conoceis! En mí el amor es generoso, escesivo, impetuoso y sobre todo franco: es mas delicado, mas voluptuoso que libertino; pero es demasiado vivo para conocer las reglas de la galanteria.

Se dice que las mugeres son mas estremadas en sus gustos que los hombres, y que sus pasiones son mas vivas: tened entendido que yo seria aun mas estremada que ellas y llevaria el amor hasta el fanatismo: capaz de las estravagancias mas bien acondicionadas, os escandalizaria infaliblemente, á vos que solo estais acostumbrado á amar con orden, vos cuyo amor pasa por el ingenio y está subordinado á la reflexion; vos en fin, cuyo amor es puro coquetismo, y equivocais la galanteria ó los placeres de los sentidos por el placer del alma. Creeis que si yo tratase de inflamaros, me valdria de una resistencia artificiosa? Ese es el recurso de las mugeres que quieren inspirar mas amor del que para ellas necesitan. Yo empezaria por amaros y decíroslo; y os admiraria aun menos por esta declaracion que por mi pasion excesiva; y sin duda á ejemplo del caballero de quien os hablaba ayer, no tardariais en arrepentiros de haber adelantado demasiado.

CARTA LXXVII.

Si hemos de creeros, caballero, me he vuelto repentinamente una platónica decidida, y mis últimas cartas prueban ó la inconstancia de mis sentimientos, ó una contradiccion bien marcada. Qué anticipadamente me condenais! Espliquémonos, por Dios. ¿No os he dicho en otras ocasiones que habia muchas clases de amor, ó por lo menos que se decoraba con este nombre una porcion de compromisos que en nada se le asemejaban? Y en el bosquejo que os he hecho del que yo desearía inspirar y esperimentar, he escluido acaso los placeres de los sentidos? No creo haberlo hecho: y ¿de qué me serviria escluirlos? ¿Dejarian por eso de existir? Lo que yo he hecho ha sido, conceder la preferencia al que se manifiesta con delicadeza, que se propone por objeto principal los goces del alma, antes que ningun otro bien, y que para ello no es impelido por mas causa, que la que os dije en mis primeras car-

tas; quereis que os hable con franqueza? Vais á saber cuánto influye la situacion en que cada una se halla, sobre el modo de ver los objetos. Estoy bien persuadida de que en el amor los sentidos no toman su poder sino del auxilio que les conceden los hombres, y si una muger tuviese la felicidad de encontrar uno tan delicado como ella, no dudo un momento que podria resistir la tentacion. No pretendo conceder las ventajas á nuestro sexo sobre el vuestro; pero creo que vuestros corazones estan formados para los deseos, y los nuestros para los sentimientos. Los hombres, mas sensibles á los placeres que á la voluptuosidad siguen la impresion de los sentidos: nosotras estamos destinadas á las delicias del alma. Su felicidad es limitada: como su atencion y sus esperanzas se fijan sobre un objeto determinado, apenas le poseen queda su corazon satisfecho, y de la satisfaccion á la saciedad solo hay un paso: pero la felicidad que se promete una muger delicada no conoce límites. Sensible únicamente á la dicha de amar y ser amada, la union perfecta, el íntimo enlace de dos corazones apasionados es su principal de-

seo: ocupada su imaginacion de la persona amada, cuya imagen tiene siempre dentro de sí misma, goza de todos los placeres del alma, de aquellas dulces inquietudes, de aquellos movimientos de ternura que colocan el corazon en una situacion tan agradable: ¿por qué fatalidad se glorian los hombres de aparecer tan poco sensibles á tan grandes placeres? Una vanidad mal entendida, que suelen equivocar con el deseo, les conduce hácia un bien, del cual pueden gozar como ellos hasta las mas despreciables criaturas: ¿Son esos los verdaderos encantos del amor? ¿Es esa la dulce voluptuosidad que produce la armonia de los mútuos sentimientos? Basta tener sentidos para disfrutar la felicidad que ellos se proponen; pero necesitaban tener alma para amar como nosotras. Estoy muy lejos de pensar que los placeres de los sentidos sean los únicos ni los mas satisfactorios que dos corazones delicados puedan disfrutar; ¡cuánto mas preferibles los ofrece el amor! solo á las almas privilegiadas toca conocer su valor. El amante que yo concibo lleno de entusiasmo por verse amado del ob-

jeto de su adoracion, persuadido de que ninguno otro pudiera igualar su felicidad, se entrega á las mas deliciosas espansiones; su corazon se abre á la alegria, á la confianza y parece confundirse en la persona amada; el placer de hablarla, de comunicarla cuanto su alma esperimenta, las inquietudes que afecta, y que condena el primero, pero que no obstante las manifiesta para inspirar el deseo de disiparlas, hé aqui lo que causa su suprema felicidad. Todas esas agitaciones tienen el alma sumergida en un entusiasmo encantador; á tan dulces trasportes se sucede algunas veces la calma mas voluptuosa; y entonces el alma agoviada de delicias, entregada enteramente á su dicha, mas atenta á su estado y mas capaz de conocerle, se complace en replegarse, en fijar sus miradas sobre sí misma, y en su soledad se ocupa en contemplar las delicias que la tienen estasiada. Y qué silencio tan seductor! los ojos lánguidos, la actitud voluptuosa, un ligero tacto de manos, una seña, ¿no son el lenguage mas elocuente? no revelan con caracteres de fuego los movimientos del alma? Pero la

energia de ese silencio se debilita por cualquiera impresion estraña.

Tal es para mí el amor por escelencia; eso es lo heróico, lo sublime de la pasion; eso es lo que llamo voluptuosidad esquisita: y los placeres de los sentidos por activos que se los suponga no pueden compararse si se los tiene por único objeto del amor... Y ahora, marqués, os sentís capaz de amar y digno de ser amado de ese modo?

CARTA LXXVIII.

Ved ahí en lo que debian venir á parar mis preciosas disertaciones contra el amor. No sé lo que he hecho: aun cuando mi afeccion hácia vos fuese tan viva como os insinué ayer, ¿debiera habérosla dicho? ¿De qué encanto os habeis valido para enamorarme hasta ese punto sin haber yo tenido el menor presentimiento? ¡con que os he dicho

que os amo! y os lo he dicho con tanto frenesí, cual si estuviéseis acostumbrado á oirlo de mi boca!... Pero... no habeis querido creerme. Una muger que os ha hablado del amor como yo lo he hecho antes de ahora, puede pareceros capaz de esperimentarle? Sin duda que no; y habreis formado de mí el concepto de loca mas bien que el de muger enamorada: pero ¿por qué temo yo tanto que formeis de mí esa falsa idea? ¡Ah! si fuese tal mi desgracia que en efecto me juzgueis asi ¡cuál seria mi desesperacion!... Creedme, mi pasion es positiva, sincera, demasiada: harto os anuncian mis ojos lo que pasa en mi corazon: si al oir esta declaracion no podeis menos de corresponderme, cuán vivo será mi agradecimiento! Vos sois quien ha restituido á mi corazon el amor y la vida. El infeliz yacía en la especulacion mientras estaba destinado á sentimientos mas tiernos. Nacida para amar y para conocer el amor en su mayor frenesí, perdia en analizarle los momentos que debia aprovechar en poseerle. ¡Qué bien se ha vengado de mí, y cuán apreciable me es su venganza! Qué

error el mio; trataba de examinarle y aun de deprimirle creyendo sustraerme asi de sus flechas; y ¿acaso entonces no me ocupaba de él? No cumplia mi destino cuando trataba de evitarle? ¡Cuántas blasfemias he proferido contra él, marqués, y cómo me castiga! Harto conozco en la agitacion que me oprime.

...Que... Venus castigada
fue, de amor á su víctima, abrazada.

Qué ceguedad la mia cuando preferia una disertacion, un vano raciocino á la felicidad de esperimentar una pasion, y de esperimentarla con ardor! Sí, quiero espiar tantos crímenes entregando enteramente al amor este corazon, que sin duda fue obra suya, y que vá á ser su mansion mas estimada. Todo ofrecia á mis ojos el aspecto de la languidez; mi alma era inaccesible á ese entusiasmo delicioso que solo una pasion ardiente puede proporcionarnos.

Amor, ya esperimento tu divino frenesí; mi turbacion, mis arrebatos, todo me anuncia tu presencia. Una nueva aurora amanece para mí en este dia; todo á mi vista está lleno de vida, de animacion, todo pa-

rece hablarme de mi pasion, todo me invita á amar. El fuego que me consume, comunica á mi corazon y á todas las facultades de mi alma, un esfuerzo, una actividad que se esparce sobre todos mis afectos. Desde que os amo, no son mas apreciables mis amigos, me amo mas á mí misma, los sonidos de mi piano y de mi laud me parecen mas melodiosos, y mi voz mas armoniosa. Si quiero egecutar una pieza, la pasion y el entusiasmo se apoderan de mí y la conmocion que me causan me interrumpe á cada momento. Una melancolía profunda pero llena de dulzura sucede entonces á mi entusiasmo: entonces os presentais á mi vista; os veo, os amo, digo que os adoro, y me parece decirlo con mas afecto que cuando en realidad estais presente. Tan pronto mi imaginacion os es favorable como adversa, me felicito y me arrepiento, deseo vuestra presencia y quiero huir de vos, os escribo y rasgo las cartas; vuelvo á repasar las vuestras y tan pronto me parecen galantes como afectuosas, rara vez apasionadas y siempre cortas; consulto los espejos, pregunto á mis doncellas

respecto á mi hermosura; en fin os amo, estoy loca, y no sé lo que será de mí si esta tarde faltais á nuestra cita.

Ahora, decidme, conoceis en mi lenguaje, á aquella Ninon que de tan diferente modo os hablaba en otro tiempo?... La condesa saca ahora su escote en reir á espensas mias, y desempeña conmigo el papel de confidente, que tanto tiempo ejercité con ella, y esta es la segunda vez que en mi sociedad ocurren semejantes resolaciones, pues ya os acordareis que despues de haber tenido por confidente á Madama de Maintenon, luego tuve que serlo suya, cuando me arrebató el corazon de M. de Villarceaux

CARTA LXXIX.

Despues de haberos dicho, repetido, jurado que os amo hasta el frenesí ¿qué recurso me quedaria si amase como las demas mugeres? Pero el producir la indiferencia

el objeto amado, se queda para las pasiones de poco valor. Lejos de nosotros esas almas débiles que se reprenden su amor, ó que cesan de amar luego que han escitado una pasion igual á la suya: yo no trato de enardeceros disimulando mi afecto; al contrario, por la vehemencia de mi pasion, por la sensibilidad de mi alma quiero atraeros, conmover y sostener vuestro corazon... Pero entretanto no veo en vos la misma agitacion que yo esperimento; y si mi estremado cariño no me hiciese apreciar vuestro recuerdo, mil veces al dia me darian ideas de arrepentirme de mi amor.

¡Unos afectos tan tiernos, tan vehementes como los mios, me hacen considerar los vuestros tan débiles y tan tibios, que vuestro amor, es á mi vista, la misma indiferencia por mas que os esforzeis á darle el aspecto de una pasion verdadera. ¡Cómo os compadezco si no sois sensibles! ¡Y cómo deberiais envidiar mi suerte! ¡Cuántos placeres os son desconocidos! No habeis logrado mas que entrever la felicidad, sin llegar á disfrutarla. Cuál seria mi satisfacion si llegase á

conseguir que vuestro corazon fuese capaz de esperimentar el amor tan viva, tan profundamente como yo! ¡me pareceria que recibíais de mi mano un nuevo ser! Solo la ilusion y el entusiasmo pueden hacer nuestra suprema felicidad. ¿Qué son los demas placeres? se inclinan demasiado á la razon y no pueden ser estimulantes. ¿Qué cosa mas lisongera para mí, que haberos proporcionado delicias que sin mí no hubiérais llegado á conocer? Qué encanto el ser dichosa, por la felicidad de la persona amada, y ser autor de esa felicidad! Nada mas delicioso que encontrar las miradas de un amante rebosando en alegria, y poder decir dentro de sí misma: sus placeres, su felicidad son obra mia, y muy gustosa renunciaria á mi ternura con tal que él fuese dichoso.

CARTA LXXX.

Por mas que trato de persuadirme que

estais enamorado, no puedo conseguirlo y sin duda alguna á nadie sino á mí misma puedo atribuir vuestra tibieza. Acaso no habré espresado mi amor con toda la sensibilidad de que semejante pasion va siempre acompañado; no habré sabido manifestarme como debia y como siente mi corazon. Acaso os hablaria con un lenguaje mas entusiasmado que afectuoso; mis ojos demasiado animados por el fuego que me devora os habrán causado mas admiracion que ternura; habreis tomado mi entusiasmo por deseo, el frenesí de mi alma por un furor de temperamento. Dios mio, cuán desgraciada seria yo si á fuerza de aconsejaros que desconfieis de las mugeres, os hubiese acostumbrado á confundir las pruebas de una pasion verdadera con las burlas del coquetismo!... Pero me equivoco, la calma mas tierna sucedió á mis arrebatos y no dejaria de persuadiros en mi favor. Sin embargo, no será posible que hayais tomado este cambio por un sentimiento de indiferencia, ó por un arrepentimiento de haberme anticipado mas de lo que debiera? Yo, arrepentirme de amaros y

sentir habéroslo manifestado?... qué injuria me hariais sospechando en mí esa debilidad! Cualquiera otra se reprendería de hablaros con la franqueza que yo, y se creeria humillada; y yo me consideraria envelicida para conmigo misma, si no me gloriase de mi pasion, si regularizase los movimientos de mi corazon por la opinion agena. No, no quiero ser feliz ó desgraciada sino por mí misma, ó mas bien por vos; ¿qué me importa el resto de los hombres con tal que vos me ameis?

Pero aunque despreocupada de los vanos temores que atormentan á mis semejantes, no por eso estoy tranquila. Un demonio mas poderoso aun y mas cruel me agita y me persigue: el amor, la incertidumbre de ser amada, el temor de no amaros como vos quisiérais. Venid á calmar esta agitacion, que yo no puedo conseguirlo: no sé en qué consiste que cuando estais ausente cometeis para conmigo faltas infinitas; pero no sois vos solo; todo cuanto me rodea, yo misma, hasta la atmósfera, todo me parece sombrio y melancólico: y luego que venís, engalana el sol

sus rayos, mi alma vuela á vuestra presencia, se dilata por todo mi esterior, pasa á mis ojos y á mi boca, llama á la vuestra, la interroga, la pregunta si participa del mismo gozo: en una palabra, vuestra presencia es para mí lo que la aurora para todo el universo.

CARTA LXXXI.

Y os toca á vos, ingrato, castigarme de mi debilidad? vos qué sois el autor y objeto de ella ¿queriais tambien ser su castigo?... Qué os he hecho para que me trateis con esa atencion tan fria como la que usásteis ayer conmigo durante todo el baile ¿Es eso lo que yo merezco? Si á medio de ese ceremonial cruel y fastidioso hubiera encontrado la mas mínima demostracion de ternura, la mas pequeña distincion; pero no; habeis usado conmigo iguales consideraciones que con las demas señoras. Hasta el respeto es

para mí una ofensa cuando no cede en beneficio del amor: siquiera por compasion disimulad mejor vuestra tibieza; engañadme, pero engañadme con mas destreza; no me obligueis á reprenderme á un mismo tiempo del frenesí de mi amor y de la vergüenza de amar á un ingrato con conocimiento de causa. Si mi corazon os es indiferente, siquiera respetad mi orgullo... Pero qué digo? Si me amáseis mas, si hubiese mas ardor en vuestro cariño, tendria á la verdad la satisfaccion de creerme mas amada; pero ¿tendria el placer de amaros con tanta generosidad como lo hago, cuando sois tan poco sensible?... Qué injusta soy! me amais y si lo disimulais es por consideraciones á mi debilidad; ¿hubiérais podido darme la mas pequeña prueba de afecto, sin esponerme á cometer una imprudencia? La mas mínima preferencia de parte vuestra, hubiera revelado nuestros sentimientos, y tenemos demasiado interés en ocultarlos. Qué os diré que sois, feliz ó desgraciado, cuando os veo capaz de tal circunspeccion? tal vez seais á la vez lo uno y lo otro.

Pero cuánta contradiccion hay entre lo que os escribo y lo que pensaba para mí misma en el momento de que os hablo! Lejos de quejarme, me felicitaba de vuestra prudencia y moderacion: me formaba interiormente un mérito de lo poco solícito que os veia. Y por otra parte esa misma aparente indiferencia no era un nuevo lenguage para decirnos que nos amábamos? Cuántas pruebas de este género no os he dado! En semejantes ocasiones, mi silencio, mi frialdad deberian pareceros otras tantas pruebas de adhesion. Se cree generalmente que las asiduas atenciones, los cuidados, los desvelos, las preferencias, son pruebas de amor: Sí, sin duda alguna, lo son; pero ¿qué es todo eso en comparacion del temor en que estamos cuando queremos privarnos de ellas?.. Tan facil es tratar con indiferencia, confundir entre la multitud á aquel á quien vuestro corazon distingue? Qué gran mágico es el amor! y cómo sabe tornar en beneficio propio hasta las cosas que mas adversas le son!... Y aun queria yo castigar vuestra prudencia! ¡y me quejaba de las atenciones que conmigo ha-

biais guardado!... ¡Qué poco razonable soy! Sí, me amais; pues habeis tomado por vuestra cuenta no dar ninguna prueba cuando podia perjudicarme. ¡Ah! quién mejor que yo sabe lo que cuestan semejantes sacrificios! El que es capaz de hacerlos, merece ser amado como lo sois.

Estoy cierta que os será difícil acostumbraros á ver tan fuera de razon á esta misma Ninon que en otro tiempo no sabia hablaros mas que del conocimiento del corazon moral y metafísicamente. ¿Creiais acaso que estaba solo á los hombres reservado el vivir en contradiccion con sus mismos principios, pronunciar discursos filosóficos y tener pasiones ardientes? pues ya veis que en esto invado vuestros derechos. Porque mi espíritu es varonil, y el corazon está lleno de sensibilidad, discurro y amo; asocio á minerva con cupido; en una palabra, soy galante y me hallo bien de esa manera.

CARTA LXXXII.

No señor, no soy cruel, pero tengo orgullo, y si os he de hablar con franqueza, vuestras pretensiones de ayer, me han desagradado menos por el objeto que llevaban que por el continente libre con que las acompañásteis; como estas cosas, por cualquiera aspecto que las considereis deben ser una prueba de mi inclinacion hácia vos, quiero que se las estime, no por lo que en sí merecen, sino por la voluntad con que las dé, y por el aprecio que de ellas hago. Nunca llegaré á daros por escusa de mi negativa una supuesta repugnancia que no llegariais á creer; pero estoy persuadida de que los placeres son el sepulcro del amor, y el que esperimento hácia vos y el que me manifestais me son harto preciosos para esponerme á verlos espirar, y espirar por culpa mia. ¡Ah! no lo dudeis, el temor de semejante

desgracia, hará en mí el mismo efecto que lo que llaman virtud hace en las demas mugeres; y quiera Dios que aquel temor tenga para mí mas fuerza, que esta quimera para ellas. Yo aprecio las ciencias, las artes; vos tambien las apreciais: tengo amigos selectos, reuno una sociedad escogida; vos sabeis conocer su mérito: tales son los favores con que deseo alimentar, aumentar y perpetuar vuestro amor y el mio: guardaos bien de exigir otros. Y cuán caro, segun mi modo de pensar, os costaria un momento de debilidad! ¡qué no haria yo por castigaros de haberle aprovechado! Con las demas mugeres, un favor concedido es un derecho para aspirar á otros mayores. Pero es preciso que sepais distinguir, en mí seria un motivo para privaros de los insignificantes. Porque quien sabe, como yo, apreciar una pasion viva, nunca consentirá en disminuirla, y los favores la debilitarian indudablemente; queda á vuestra consideracion reflexionar si deberiais esperarlos. Y ¿qué exigís de mí? en tanto que no os haya concedido cosa alguna ¿no tendré siempre algo que daros? ¿ten-

dreis algo que esperar? Cruel; ¿no quereis privarme del placer mas delicado del amor? Entonces ya no podria yo decir: poseo un bien de que no ha disfrutado: en mi mano está hacer á mi amante el mas venturoso de los hombres. Pero todo el valor de ese precioso tesoro consiste en la esperanza de poseerle: despues de poseido perdió su principal valor. Conservémosle pues por su felicidad y por la mia... pero sin embargo, cuán fácil es que todos esos magníficos principios me abandonen! Os quejais del enfado con que os hablé... Y ¿puedo acaso defenderme de vos, á sangre fria? Cuando uno es amado como vos no debe alarmarle el enojo de su amada; porque en ella los rigores, las injurias, son otras tantas pruebas de su pasion; aunque á lo que veo no interpretais asi mis acciones.

Dos dias hace que no os he visto: ¿estais acaso ocupado en buscar motivos para amarme menos? Qué injusto sois y qué cruél; mientras que yo solo me ocupo en felicitarme de mi afecto hácia vos, y de haber llegado á merecer el vuestro; pero no, no estais

ausente: ayer me ponia yo en vuestro lugar cuando me deciais tantas ternezas y dudaba cuál de los dos estaba mas apasionado. Oia vuestra voz, veia esos ojos tan llenos de espresion por el amor, sentia vuestra mano estrechar la mia, y encontraba tales gracias y encantos en vuestra actitud... qué dichosa soy en que no aprovecheis tales momentos!

CARTA LXXXIII.

Con que os empeñais, cruel, en castigarme porque quiero conservar vuestro corazon! Conoceis la desesperacion que me causa un solo momento de vuestra ausencia y estais dos dias enteros sin venir á verme... No, nada puede compararse con mi desconsuelo: bien sé que no puedo gozar vuestra presencia en todos los instantes de mi vida; pero esas ausencias son involuntarias y forzadas; vos mismo os quejábais de ellas, y asi dejaban de ser tan crueles: pero cuán di-

ferente es la de que hoy me quejo. Estais lejos de mí, lo estais voluntariamente, y con el único designio de desconsolarme: bárbaro, acaso os molestan mis rigores? ¿Son esos los motivos de nuestra ausencia? Os quejais de que os he maltratado: y qué ¿no me amais? ¿Os habeis apasionado de mí, solo porque soy muger; únicamente porque teneis deseos, y no porque sea tal muger; por que mi alma, mi carácter, mi amor me hacen mas capaz que cualquiera otra de hacer vuestra felicidad? No me distinguís de la mas necia, la mas vil de las criaturas! qué injusto y poco delicado sois! No trato aquí de elevaros á sentimientos romancescos; ¿quién mejor que yo conoce que todas las operaciones del alma deben un tributo á la humanidad? Cuando el sacrificio que exigís sea la prueba de una confianza perfecta y la recompensa del amor mas esperimentado, entonces no me atreveré á negárosle; pero pretender que porque conoceis la debilidad de una muger teneis derecho para pretender y egecutar sin restriccion alguna cuanto se os antoje ¿no es eso manifestar un des-

precio capaz de disgustar á cualquiera que tenga un poco de delicadeza? Apesar de eso marqués, si necesitais pruebas de mi inclinacion, si las que hoy exigís probasen por sí mismas mas que las que os tengo dadas, tal vez tendriais muy poco porque reconvenirme sobre ese particular; pero cuando estoy persuadida de que el emplear ese medio con ánimo de conservaros seria dar un paso muy avanzado para perderos, no puedo resolverme á hacer lo que llamais vuestra felicidad. Cualquiera otra creeria que concediéndoos esa gracia os daba una prueba de su amor; yo quiero probaros el mio negándoosla: y ¿cuál de estas pruebas os parece superior? Otras mugeres os halagan con sus placeres causando los vuestros, y yo por medio de un sacrificio, por una resistencia cruel para mí misma, puesto que vos la desaprobais, es como trato de persuadiros. En una palabra, yo lo hacia todo por conservar unos sentimientos que hacen mi suprema felicidad... ¿Qué he dicho? mi felicidad! mas bien podré decir la desgracia de mi vida: acaso he disfrutado un momento de tranqui-

lidad desde que os amo? ¿he gozado un instante de placer que no haya despues pagado por las mas acervas penas? Asegurais que venís á verme lo mas á menudo posible, y que estais con gusto en todos los lugares donde yo me hallo; pero pensad que eso no es mas que un momento en comparacion del tiempo que estamos separados. ¿Qué os he hecho para desear mi muerte? porque sin duda no es otro vuestro designio que encontrarme espirante cuando vengais á verme. Por el amor mas tierno os suplico os compadezcais de mí. El dolor y la alteracion se hallan retratados en mi semblante; estoy tan pálida como una difunta, y si venís hoy me encontrareis horrorosa; ¿pero por qué me he de quejar de mi fealdad? por qué he de querer ocultárosla? Sería un monstruo á mis propios ojos sino hubiese decáido mi hermosura, habiendo estado dos dias enteros sin tener la dicha de recibiros en mi casa. ¡Ah! no os alejeis de mí, cruel, venid, venid á *contemplar vuestra obra.*

CARTA LXXXIV.

Hay enfermedades muy singulares, marqués, no sé si las conoceréis; nunca promete en algunas el enfermo mas evidentes esperanzas de recobrar la salud, que algunos momentos antes de espirar. Lo mismo sucede con la virtud de una muger que ama; ayer tuve ocasion de esperimentarlo. Os he dado jamás razones mas fundadas para poner término á vuestra importunidad? He conocido nunca mejor la necesidad de dejaros deseos, cuya saciedad, iba á entibiarlos, ó acaso á privarme de vos enteramente? Razon tienen en asegurar que para persuadir á otros, es preciso estar bien convencidos de lo que se quiere probar á los demas. No me admiro del mal éxito de mi elocuencia. ¡Qué mágia la del amor! ¡antes que viniéseis habia tomado contra vos las mas severas resoluciones, y en el momento en que con mas energia os hablaba deseaba que mis razones no os convenciesen: me acuerdo de un momento en que creyéndoos resuelto á ceder

me apresuré á terminar mi perorata con una mirada que no estaba de acuerdo con mi moral; vos supísteis elegir el mejor partido, marqués; convinísteis en mis principios y aumentásteis vuestras solicitudes. ¡Qué bien sabeis responder á los razonamientos de una muger! no conozco mejor partido que el que tomásteis... temerario! os acordais de lo que me hicisteis encolerizar?... Sois un monstruo y mereceriais... Pero no quiero volver á incomodarme contra vos; todos esos enfados concluyen de una manera muy contraria al odio... A propósito, sabeis que estuvísteis ayer muy seductor? Saliais con un aspecto de satisfaccion y triunfo que me encantaba: esta mañana me habeis escrito con una ternura deliciosa, que me ha hecho esperar la felicidad, de que vuestra fortuna aumentará vuestro amor.

CARTA LXXXV.

Debo ser un objeto despreciable para vos, pues que tratais de engañarme; ó si no qué concepto quereis que forme de vuestra alma? La degradais hasta el punto de querer fingir, tratais de sorprender mi credulidad: pero no os lisongeeis: nada hay capaz de engañar los ojos de una muger enamorada; las atenciones, el aspecto cariñoso, las distinciones, las preferencias, cuando traen su origen del corazon, pueden engañar á las personas indiferentes; pero llegarán nunca á ilusionar á las que los consideran á la luz del amor?... Y por qué os degradais hasta el fingimiento? Ese es el partido de las almas débiles, de los caracteres equívocos: si no me amais será sin duda una desgracia para mí; pero preferiria mil veces vuestra indiferencia á las pruebas de un amor debido solo al artificio y al engaño; porque el verdadero, no necesita ni regla ni cuidados para manifestarse: todo le des-

cubre; los mismos esfuerzos que se hacen para ocultarle prueban mejor su existencia que los que vos haceis para suponerle. Porque no teneis esfuerzo para parecer lo que sois? Por vuestra propia gloria no afecteis nada; si sois indiferente ó estais ligeramente enamorado atreveos á parecer asi, que el esceso de mi pasion os pone á cubierto, y de cualquier manera que seais no por eso dejaré de amaros: recordad que es muy poco digno de vos el recurrir á la exageracion y al fingimiento. Por desgracia estoy demasiado dispuesta á creer todo cuanto querais decirme; pero la reflexion me desengaña, la ilusion termina, y entonces soy la muger mas desventurada. Lo que me persuade de vuestra pasion y lo que me desengaña no es lo que presumís: sabeis lo que hace impresion en mí? No son los desvelos que os tomais por complacerme, porque desconfio de cuanto se hace de intento; vuestras acciones mas indiferentes son las que mas llaman mi atencion y de las que deduzco todas mis pruebas. Por ejemplo, creeis que me serviria de satisfaccion lo que me referísteis ayer

de lo mucho que os habiais divertido en la caza? No me hallaba yo presente en aquella distraccion, y sin embargo os entregásteis á ella con entusiasmo: la tomásteis con un placer, y la referísteis con una satisfaccion injuriosa á la que amais, á la que se juzgaba mas necesaria de lo que es á vuestra felicidad.

Y aun tratais de persuadirme que me amais, que mi corazon es mas apreciable que todo el universo! Si los cervatos y conejos bastan para entusiasmaros, cuán fácil os es olvidar á quien no puede vivir sin vos, que solo se ocupa de vuestro recuerdo, que se reprenderia de cualquiera distraccion de que no fuéseis autor, objeto, ó siquiera ocasion. Otra cualquiera os diria que fuéseis feliz, y que esto la bastaba; falsa generosidad! Yo os amo un poco por mí misma, y vuestras diversiones causarán siempre mi suplicio, cuando no tengan ninguna relacion conmigo... Qué poco sincera soy en este momento! ¡Ah! quiera el cielo separar de mi felicidad lo que pueda disminuir la vuestra.

CARTA LXXXVI.

Se acabó, marqués: Ya no vereis en mí mas dudas ni inquietudes atento á vuestros sentimientos; ayer ví que me amais, y que me amais como quiero: por fin me habeis dado la prueba que mas impresion va á hacer en mí. Entrásteis cuando os estaba escribiendo, quise ocultaros las pocas palabras que habia trazado; este misterio escitó vuestra curiosidad, quisísteis satisfacerla, resisto, insistís, vuelvo á negarme, y arrebatado de cólera me haceis mil reconvenciones; síguense á estas las injurias, haceis pedazos mi tintero, me quitais el papel de entre las manos y sin deteneros á leerle haceis de él mil añicos... Con solo una palabra hubiera podido calmaros; era á vos á quien escribia. Pero vuestra cólera tenia mil encantos para mí y no me decidia á estinguirla. Me parece aun veros sentado en el sitial, agoviado de tristes reflexiones, os levantais con velocidad,

lanzais sobre mí una mirada terrible, y salís jurando que me aborreceis... Nunca me habeis parecido tan hechicero, nunca habeis pronunciado palabra que mas me haya convencido de que era amada, y de que lo era con frenesí. Con qué avidez observaba mi corazon todas vuestras acciones! Qué dulzura encontraba en vuestras injurias! En el momento en que me deciais que era un monstruo á vuestros ojos, reflexionaba yo que cuando en otras ocasiones me habiais asegurado lo contrario no me habiais persuadido tanto de vuestra pasion. Apenas os retirásteis me apresuré á recoger los fragmentos del tintero y del papel: nó es comparable la alegria con que un conquistador penetra en la plaza que acaba de rendirse, con la que yo tenia contemplando aquellos préciosos despojos de vuestro enfado, ó mas bien de vuestro amor. Ellos, si llegais á serme infiel servirán de testigos para recordaros los sentimientos que esperimentásteis por mí: ¡ah! no os reprendais este arrebato; porque yo no creeria ser amada si lo fuese con moderacion: qué de encantos tenia el aspecto terri-

ble con que os despedísteis; me parecia ver al Dios de la guerra decir á Venus que la amaba, pero con un tono capaz de escitar en cualquiera otra el asombro y el terror. ¡Qué felicidad la mia! al fin he encontrado un alma elevada, altiva y orgullosa, un corazon vehemente, zeloso y arrebatado. Soy amada como deseaba serlo.

CARTA LXXXVII.

No, pérfido; no me amais, ayer me persuadí de ello á no dudarlo. Hice mil obsequios al conde de... alabé su fisonomia, su talla, su talento y no advertí la menor alteracion en vuestro semblante: sufrísteis á sangre fria las apariencias de una infidelidad y no os conmovísteis. ¿Qué no puedo inspiraros el temor de perderme? ¿No usásteis conmigo mas atenciones, que si estuviéseis en derecho de manifestármelas? Ni pronunciásteis la mas mínima palabra, ni hicísteis el mas

ligero ademan que denotase desagrado... Estoy furiosa contra vos. Ni aun me dísteis la mas ligera queja cuando estuvimos solos en el jardin; al contrario, me presentásteis flores con aquella satisfaccion que revela la mas perfecta tranquilidad de espíritu; y aun aparentábais estar tan contento conmigo, que no sé como no os atrevísteis á colocar el ramillete que me presentásteis: ¡con qué prontitud le hubiera desechado si os hubiese ocurrido tal idea. Cuando el conde me pidió de aquella agua de olor que me habia oido alabar, ¿no tuvísteis la crueldad de tomar de ella tambien y de elogiarla tanto como si el otro no la hubiese tomado? Ya veis que nada se me escapa; y ¿vendreis aun á decirme que me amais? Creeria deshonraros si os juzgase enamorado; porque os haria menos agravio creyéndoos sin pasion que suponiéndoos una equívoca, débil y sin vehemencia. Pasiones de esta especie no son propias sino de corazones cobardes y de almas innobles. ¡Qué satisfaccion hubiera sido la mia, si viendo mi aficion al conde os hubiese advertido triste, inquieto, si os hubiérais enoja-

do; si hubiéseis pronunciado palabras picantes, irónicas; en una palabra, si hubiérais aparentado vengaros con aquella jóven viuda que teniais al lado! Pero apenas os dignásteis mirarla; como si no hubiera sido hermosa, seductora; como si yo no hubiese merecido la pena de tener una rival tan amable! No está bastante marcado vuestro desprecio hácia mí? ¿no es harto injuriosa vuestra conducta? ¿Podeis decir mas claramente que no me amais? ¡Ah qué poco os pareceis á mí! No dirigís á una muger una mirada que no me llene de inquietud; con qué avidez me apresuro á averiguar la clase de interes que por ella tomais. No pueden recibir de vos el mas mínimo obsequio sin que fije á mi atencion en el colorido que le distingue de los que á mí me haceis. No pronuncian una palabra lisongera ó indiferente, sin que examine la impresion que os causa. Yo creo que esto es amor, y supuesto que vuestros sentimientos difieren tanto de los mios, convenid en que no me amais, y en que debo yo cesar de amaros... Me causais demasiadas alarmas é inquietudes. ¿No deberia repren-

déroslas? Qué lejos estoy de eso. El quejarme, el reconveniros, no es pensar en vos? no es amaros? No, no trocaria yo las lágrimas que me causais por la tranquilidad mas completa, por los mas lisongeros placeres. Venid esta noche, y restableced la calma en mi corazon.

CARTA LXXXVIII.

¿Yo zelosa, Marqués? Os protesto que nunca os habeis equivocado tanto. Y de qué lo estaria? Acaso me habeis amado nunca? En todo caso lo sería si hubiéseis hecho una eleccion poco digna de vos; pero la que habeis buscado, merece por todos conceptos la preferencia para que yo deje de cedérsela. Cualquiera otra haria un elogio irónico, peor cien veces que la sátira mas mordaz; en cuanto á mí, no quiera Dios que ni aun diga bien de ella; porque esto seria manifestar despecho; tomariais mi parecer por

una generosidad equívoca y eso es precisamente de lo que huyo. Continuad, pues, haciendo cuanto os acomode, que lejos de quejarme yo de vuestra conducta creo que os debo estar vivamente agradecida, porque ha servido para desvanecer las cataratas que me cegaban. Habia yo creido esperimentar hácia vos la pasion mas fuerte, pero me habia equivocado y ahora lo conozco en el poco sentimiento que me causa vuestra infidelidad. Y ¿qué habiais hecho tampoco para enternecerme hasta ese estremo? Nada seguramente que mereciese sentimientos como los de que me figuraba hallarme poseida; qué necedad la mia, creia tontamente que conociais el premio de esos sentimientos y que sabriais distinguirlos del coquetismo de mi rival. Qué loca es la muger que se persuade que un excesivo amor escita siempre un amor excesivo, y que cree á los hombres capaces de tal discernimiento. ¿Quién es capaz de sostenerse contra una dama de teatro, y contra una dama tan célebre como la Champmelé? ¡Qué reputacion vá á grangearos semejante conquista! No hay medio,

para que dejeis todo de sacrificarlo á esa ventaja.

Pero ahora vais á ver si soy zelosa: en adelante voy á tomar á mi rival por modelo, á reformarme sobre sus perfecciones y á procurar imitar sus gracias. Mi voz dejará su sonido natural y tomará el tono de una princesa desgraciada en sus amores. Sustituiré el artificio al sentimiento, el arte á la franqueza, la baja adulacion á la lisonja. El albayalde, el carmin y otros adornos semejantes corregirán los defectos que la naturaleza me ha dejado. Estos ojos grandes, negros y rasgados, los vereis en adelante redondos y pequeñuelos como los suyos: en lugar de esta blancura que acaso os desagrada, tomaré el color de mi rival, ese color que sin duda á vuestros ojos será un gracioso moreno. Entonces podré acaso disputarla la conquista de vuestro corazon, ó al menos entrar en combate con armas iguales. Qué sublimes, y magestuosos son sus discursos!... Cuando la oia hablar se me ofrecía Berenice dirigiéndose á Tito. Tambien vos manifestábais suma complacencia y satisfaccion: ¿y qué tie-

ne de particular que ella ostentase todo su talento cuando trataba de agradaros y aplazarse á la liza? Por otra parte vos sois tan amable que haceis de la mas idiota una muger de talento. Y ¿vamos á ver; ¿no empezé yo á imitar perfectamente su tonillo adulador? Quedariais asombrado si viéseis mis ojos inflamados con la dignidad de una heroina; si oyéreis mi voz embellecida por mil cadencias armoniosas; la mas tierna languidez sucede á aquella ostentacion de magestad; se apodera de toda mi persona un dulce decaimiento, me reclino en los brazos de mi amiga, y á decir verdad parece que me encuentro en un verdadero desmayo: en una palabra, os pareceria adorable segun me asemejo á la sábia, á la preciosa, á la incomparable Champmelé.

Sin embargo el conde me decia ayer que le agrado tal como soy; esta noche vendrá mientras estais en la comedia, y como siempre el imitar es humillante por perfecto que sea el modelo, y por otra parte tengo la vanidad de creerme pasadera tal como soy, no me molestaré en remedos para con

él, y seré yo misma, si no lo tomais á mal. Por lo demas, dignaos reparar en el riesgo que os amenaza; no dudo que vuestros progresos serán rápidos y tiemblo por vos: ya creo que me entendereis. Los favores de esas hermosas son mas temibles que su rigor.

CARTA LXXXIX.

Cuán poco sincera fui ayer! Afectaba indiferencia y ocultaba la rabia en el corazon. Ingrato, cómo deberiais arrepentiros de haberme causado la mas mínima inquietud por semejante objeto! No, no os creí enamorado de la Champmelé; tomé vuestra coqueteria por una aficion pasagera, porque me tranquilizaba vuestro discernimiento; pero ¿cómo dejaría de sentir la eleccion que habiais hecho por atormentarme? Deberiais haber escogido una muger hermosa, y al menos enmedio de vuestra injusticia hubiera conocido el aprecio que haciais de mí. Pero darme por rival á la Champmelé! Nada mas

ofensivo para una amante cuya posesion debe pareceros de diferente estimacion que la de una coqueta (1). Sin embargo me juzgo para siempre al abrigo del furor de los zelos; porque os creo persuadido de que ninguna otra puede amaros tanto ni conocer lo que vale el poseeros. ¿Qué otra muger puede apreciar como yo la espresion de vuestros ojos, la delicadeza de vuestras ideas y la ternura de vuestros sentimientos? Convenid conmigo que, si nuestras almas no se hubiesen encontrado, se hubieran buscado constantemente. En medio de la mayor felicidad, si las era posible disfrutarla, hubiesen siempre hallado un vacio terrible. Esa armonía, esa confianza, esa simpatia que nos unen, hubieran podido hallarlas en ninguna otra parte?... Detestaba con toda mi alma al dueño de la casa donde comimos; aborrecia á todos los compañeros de mesa; ni aun el mismo Racine estaba exento de mi odio,

---

(1) Se ha sustituido esta espresion á otra mas terminante que habia en el manuscrito.

porque á él debiamos la presencia del objeto odioso de vuestras adoraciones. ¡Cuántas veces me acordé de la repugnancia que sentia en acompañaros! era sin duda un presagio de la desgracia que me amenazaba. Cuantas veces no lloraba para conmigo misma el no tener la hermosura suficiente para impedir vuestra coqueteria! Sin embargo, con harta vergüenza lo confieso; mi aborrecimiento á todas aquellas gentes me parecia que aumentaba mi amor hácia vos. En el momento en que con mas entusiasmo hablábais á mi rival ¿en qué me ocupaba yo? En hacer observar al conde lo seductor que estábais en justificar la aficion que ella os mostraba cuando ostentábais ese continente noble, esa voz llena de dulzura, ese accionar dirigido por las gracias, esos chistes vivos y graciosos capaces de inspirar alegria y de formar un vehemente deseo de agradaros... Pero no puedo recordar esas imágenes sin conmoverme y esta conmocion me advierte que mis sentimientos para con vos son siempre los mismos.

CARTA XC.

En otro tiempo, Marqués hubiera sacrificado mi vida por evitaros la mas pequeña incomodidad; cuán diferente sucede hoy, y qué cruel me he vuelto! Nunca he gozado tan completa satisfaccion como al veros esta mañana sumergido en el dolor mas amargo y afligido por nuestra próxima separacion. ¡Qué deliciosas eran para mí las lágrimas que derramábais! ¿Deberé acaso reconvenirme por el placer que me causaban? No, porque vuestro dolor era tambien delicioso para vos. ¿No seria un error el compadecer á un amante que derrama lágrimas y creerle desgraciado? Esas lágrimas, ese dolor, ¿no son pruebas del amor que esperimenta? y acaso puede juzgarse desgraciado el que se entrega á tales movimientos? Como quiera que sean tienen mil encantos secretos; porque el que ama con delicadeza se complace mil veces en sostener su tristeza, en mantener su melan-

colia, en producir contra el objeto amado y aun contra sí mismo quejas notoriamente injustas. Hay momentos en que me figuro veros espuesto á los furores de la guerra: Esta misma mañana me ocupaba en contemplar las lágrimas que vuestra pérdida me costaria, y me formaba un plan de vida que me recordase el dolor á cada instante: ya no esperaba otra satisfaccion despues de perderos, que el secreto recreo de lloraros, de apreciar vuestra memoria eternamente y despreciar á todo el mundo. Unas veces pienso en el modo de evitar el fastidio en que vuestra ausencia me vá á sumergir: examino las cartas geográficas, y me parece veros cuando contemplo los lugares por donde teneis que pasar: se me figura que mientras tenga la vista fija en los puntos en que os hallais, correis menos peligro, porque os defenderán mis miradas. Otras veces creo veros triunfante, y me parece ver reflejar sobre mi frente algun rayo de vuestra gloria: la idea de vuestra fortuna me inspira orgullo, porque todo es comun entre los amantes. Por último, hay momentos en que no sé que puede

mas en mí, si el aborrecimiento á los ingleses, ó el placer de veros á la cabeza de la nobleza bretona (1).

CARTA XCI.

¡Qué suerte la de una muger enamorada apenas se han sosegado sus inquietudes por un lado, cuando renacen de diversa especie por otro... No bien he cesado de temer por vuestra vida, cuando viene á alterar mi gozo el temor de una infidelidad. ¿Os complaceis en sobresaltarme? No me habeis tranquilizado en mis sospechas contra la Champmelé; os veo correr hácia ella y darla mil públicas demostraciones de vuestro afecto. No la seguísteis ayer á su palco, al salon de descanso y á las tablas? No estoy

(1) Se hablaba entonces de una agresion meditada por los ingleses sobre las costas de Bretaña.

bien instruida de que seguís correspondencia con ella?... y ¿quereis que confie aun en vuestros juramentos? No por cierto. Una palabra me resta que deciros: no teneis que presentaros sin traerme esas cartas fatales; exijo de vos este sacrificio, y si vacilais en hacérmele no vuelvo á veros en mi vida.

CARTA XCII.

Sin duda, caballero, hubiera valido mas resistir á mis instancias y negarme las cartas de mi rival que dármelas para volverlas á recoger. Ya sé lo que debo pensar de este suceso: habia esperado atraeros á diferentes sentimientos, pero el desprecio que de mí haceis, desvanece todo el amor que antes os profesaba, y vuestra conducta apenas deja lugar al aprecio que debe siempre existir entre personas regulares. Tanta inconstancia y contradiccion en vuestras acciones me confirman en el juicio que de vos tenia formado:

sí, lo sois todo y no sois nada, en una palabra, sois un hombre incomprensible. No mereceis la pena de que os manifieste el dolor que vuestra perfidia me causa. Se acabó para siempre nuestro amor.

CARTA XCIII.

¿Qué diablo os ha inspirado la idea de venir á turbar mi tranquilidad? Yo vivia contenta en mi soledad, y apenas os habeis presentado, cuando mi cobarde corazon vuela hácia vos y quebranta todas mis resoluciones... os habia preparado tanta indiferencia, y apenas os veo, mi turbacion os anuncia cuán apreciable me sois aun! y ¿qué habeis hecho, ingrato, en quince dias que hemos estado sin vernos? habreis vendido á otra vuestros obsequios, mientras erais el único objeto de mis pensamientos! Ahora lo conozco; el campo y mi jardin me eran su-

mamente apreciables, solo porque en ellos me entregaba con mas libertad al tierno pensamiento que allí me conducia: ya que no podia gozar de vuestra presencia, no queria que me distragesen de vuestro recuerdo. Y ahora que he consentido en volver á recibiros me son insoportables todos los lugares donde no puedo hallaros: solo Paris me parece una mansion agradable, y voy allá mañana mismo... Pero la felicidad que me prometo, ¿no volverá á ser alterada por alguna nueva amargura? Vuestras protestas ¿no tendrán por objeto sacrificarme segunda vez á algun nuevo capricho? Si he de creer lo que me dicta la razon y lo que las cartas de la condesa me aseguran, todo puede temerse de vuestra ligereza... Pero no, no temo nada; sin embargo no creais que mi confianza sea producida por la buena opinion que me merezcais, sino porque quince dias de placeres han debido bastar para agotar toda la aficion que pudiérais tener á mi rival. Conozco á los hombres, y nunca son mas cariñosos, mas apasionados, que cuando se los perdona una infidelidad pasagera.

Gozad, pues, de las prerogativas de vuestro sexo y venid mañana á destruir un resto de odio que me parece conservo aun contra vos. Despues de una tormenta como la que acabamos de pasar ¿podremos asegurar que estamos perfectamente reconciliados?

CARTA XCIV.

No os habia dicho, marques, que soy la muger mas singular en amores? En mí sucede al contrario que en las demas; ya habreis notado que antes de mi derrota era yo, por decirlo así, quien os hacia la corte. Se hubiera creido que habia tomado á mi cargo el haceros enamorado; pero todo se trastorna conmigo; os figurásteis que desde aquel momento era negocio concluido y que solo hallariais en mí docilidad, que acaso os buscaria con avidez y que tal vez me anticiparia á vuestros deseos: bien sé que ese es el modo de conducirse de otras mugeres, pe-

ro yo soy muy diferente: y si Saint Evremont en la carta (1) que os comuniqué me hubiera tomado por modelo no pudiera haber hablado de un modo mas conforme á mi carácter. Os vuelvo á repetir que una debilidad de que hayan sabido aprovecharse no es con respecto á mí un título para aspirar á un nuevo favor; al contrario es una advertencia para mantenerme en guardia. Me acusais de coqueta; sí, lo soy, pero es solo con vos, y en eso me diferencio de las coquetas que tratan de agradar á muchos. Una coqueta cuida de rodearse de artificio, pero yo soy naturalmente tal como me veis: sé evadirmé del que cree tenerme asegurada. El orgullo, la inconstancia natural, la vivacidad, todas esas circunstancias me hacen desigual, injusta, quisquillosa; y sentiría mucho no ser así. La razon me fastidia hasta el estremo; cuando sea vieja tendré tiempo de darla oidos. Dejadme pues tal como soy, y venid inmediatamente á verme; estoy

(1) Véase carta 67.

de buen humor y me hallareis encantadora... Pero quizá, no sé si dentro de una hora vendrán á buscarme para ir á Vincennes... sin embargo venid de todos modos, y si no estoy en casa lo peor que podrá suceder es tener que volveros; pero ¿qué mal hay en esto?... En su caso dejaré olvidado mi retrato sobre el tocador, y Dios sabe hasta qué grado os considerareis recompensado por la casualidad.

CARTA XCV.

Sí, marqués, merezco vuestro enojo. Tres dias enteros han pasado sin vernos por culpa mia; hace dos que falté á la cita que os habia dado y ¿qué queriais que hiciese? Mad. de la Sabliére me envió á decir que estaba enferma y me rogaba pasase al punto á verla: ¿hay cita que valga contra semejante invitacion? ¿No os he dicho que mis amigos eran los únicos rivales que teniais que temer? Es verdad, que mi escusa de

ayer no era tan justa como la del otro dia, y que hubiera debido estar en casa á la hora que me anunciásteis vuestra visita; sin embargo estoy cierta que vais á darme la razon. Habia visto en la Sra. de... una tela del color mas precioso que puede imaginarse: se me antojó tener un vestido igual al suyo, y era preciso ir inmediatamente á casa de su mercader antes que la pieza se acabase. Esta mañana tuve visitas á la hora del tocador, y confieso que el no despedirlos fue de intento: porque entrásteis con una frialdad tan marcada, pronunciásteis unas espresiones tan particulares que me inquietaron, y quise castigaros. No dudo que ahora hareis mil juramentos de no amarme jamás, y á la verdad, aqui para entre los dos, que hareis muy bien en cumplirlos; porque os hago pagar demasiado caros unos placeres de poco momento. ¡Cuántas mugeres no os los ofrecerán mayores y á menos precio! Pero por dicha mia os he oido decir que hay notable diferencia entre una muger y otra muger, y esto me tranquiliza, y me obliga á invitaros que vengais á la noche á mere-

cer vuestro perdon de la frialdad con que me tratásteis ayer. ¿Sabeis que os sienta perfectamente el estar algo enojado? Mereceis que os trate como lo he hecho para que sepais que me está permitido tener caprichos, y ademas que quiero que estos caprichos sean respetados de vos.

CARTA XCVI.

Los amantes no saben distinguir lo que debe contribuir á su felicidad ó lo que debe turbarla. Mientras me dábais motivos de inquietud se hallaba mi alma en una agitacion que consideraba como el estado mas feliz; y hoy que una profunda tranquilidad nos permite gozar de nuestro amor con sosiego, sufro unos momentos de tibieza mil veces mas desagradables que la inquietad de que antes me quejaba. Por mas que analizo mis sentimientos, por mas que reflexiono sobre mi situacion, no hallo razon capaz de acla-

rar mis dudas: algunas veces he tomado la melancolía que me persigue por una afectuosa languidez; pero me estremezco cuando considero que mi estado dista ya poco del de la indiferencia. Vos mismo no me pareceis tampoco enamorado; hace mas de un mes que no me habeis dado motivo de queja; siempre os hallais en un estado igual; ni veo en vos enfado, ni impaciencia; muchas atenciones y ningun entusiasmo. ¡Ah! marqués, qué porvenir nos espera! Dichosos nosotros, sin embargo, si dejamos de amar á un mismo tiempo. Vamos á ver, hagamos un convenio: no tratemos de engañarnos, advirtámonos de buena fé y si algun dia dejamos de ser amantes, seamos siquiera amigos.

CARTA XCVII.

Se acabó marqués; es preciso que os abra mi corazon sin rodeos: ya sabeis que la sinceridad fue siempre la calidad domi-

nante de mi carácter y ved aquí la prueba. Cuando nos juramos por todo cuanto hay de mas sagrado para los amantes, que solo la muerte podria desunirnos, y que nos amaríamos eternamente, nuestros juramentos, al menos por mi parte, eran entonces sinceros. Jamás he creido tan de buena fé que podria cumplir mi palabra; nada mas sincero que el agradecimiento que os demostraba por haber renovado en mi corazon la inclinacion al amor: admirad pues la estravagancia de este corazon y de cuántas contradicciones es capaz; hoy solo os escribo para aseguraros con la misma franqueza que ese amor, que no debia concluir jamás, ya no existe, y aun debo añadir que el esmero con que os habeis apresurado á devolverme la tranquilidad y el reposo me han colmado de agradecimiento. Pero no puedo menos de aseguraros que semejante cambio me tiene escandalizada. Durante vuestra residencia en Fontainebleau he querido asegurarme por medio del mas detenido examen si esa inclinacion, á la cual he debido tantos momentos deliciosos, se habia estinguido sin remedio; y mis

investigaciones me han confirmado en mi desgracia; hasta ese estremo llevo la delicadeza de mi conciencia. Hoy que veo aproximarse vuestro regreso, esperimento que esa misma inclinacion que durante seis meses ha hecho mi felicidad sería mi suplicio si no me anticipase á preveniros sobre un cambio tanto mas sensible para mí, cuanto que conozco mejor que ninguna otra persona el precio de una pasion. Por eso en esta ocasion soy la mas digna de lástima: lo único que puede suavizar mi pena es figurarme que sereis acaso menos sensible á la pérdida de mi corazon que al pesar de haberla amado el último y á la especie de vergüenza de haber sido abandonado. Conozco cuanto debe afectar esa especie de humillacion á un hombre que siempre se ha mantenido en el privilegio de ser el primero en ostentar infidelidad; pero soy generosa y he pensado en los medios de conservaros esa celebridad de que tan justamente gozais. A vuestro regreso á Paris vendreis á visitarme como acostumbrábais; recibireis en público las mismas atenciones hasta vuestra marcha á Bretaña, y ese viaje salvará

vuestra reputacion. La única gracia que os he de merecer es de dispensarme de las entrevistas particulares, ya que ningun otro objeto podrian tener que el de echarme en cara mis faltas, y desde ahora convengo en ellas, si acaso es ser culpable el confesar una indiferencia involuntaria, á la cual dísteis lugar vos el primero. No temais por mi parte la mas mínima reconvencion, que ningun interés tengo en hacéroslas; todo lo mas que puedo deciros es que sea razon ó capricho, no soy dueña de seguir amándoos, asi como antes no lo era de dejar de amaros. El amor que os profesaba se apagó, y no ha estado en mi mano volver á encender su llama.

En vano he tratado de recordar todo lo que podia confirmarme en mis sentimientos hácia vos; en vano me he representado lo que debia contribuir á hacerme avergonzar del cambio que esperimentaba: al fin he reconocido que solo lograría hacerme mas desgraciada y que ya nunca conseguiría volver á amaros; pero no he querido faltar en esta ocasion á los principios de probidad que siempre me han regido. Debería imitar á

las demas mugeres? Iría, me dije á mí misma, á formar un plan para engañar á un hombre, que acaso me ame de buena fé, á prescribirme una mentira perpétua? me sujetaré á dar á mis atenciones para con él aquel colorido de verdad y de ternura que nunca llegarán á tener? Me espondré al remordimiento de verle entregado á los movimientos de un amor verdadero, mientras que yo amorosa y feliz en la apariencia, pero falsa é indiferente en los efectos no podré gozar ni de los trasportes que causaré ni de los que habré de aparentar? Y ¿podré lisongearme de fingir lo bastante para que la impostura de mis sentimientos no llegue á traslucirse? Los ojos del amor son penetrantes, las caricias mas tiernas, las espresiones mas apasionadas, cuando no salen de un corazon verdaderamente enamorado no logran ilusionar por mucho tiempo: y cuando un amante llega á descubrir la falsedad, se ofende de haber sido engañado y concluye por despreciar á la que antes hacia sus delicias. Esas apreciables disputas, que cuando el amor es igual nacen del mismo amor, y hacen que

se amen mas y mas; esas leves tormentas á las cuales sucede la serenidad mas preciosa; esas tempestades encantadoras que siempre presagian dias venturosos; cuando reina la ficcion, son siempre las precursoras de un rompimiento próximo á estallar sin esperanza de reconciliacion.

En las disputas que sobrevienen, el enfado ocupa el lugar del sentimiento, y pueden darse por contentos si no exaspera el mal. Como solo se trata de justificar la frialdad nada se perdona para lograrlo; se emplea la severidad, la injusticia, la estravagancia. Las mismas cosas que producian antes las mas tiernas quejas, producen ahora amargas reconvenciones, y lo que en otro tiempo conducia á una reconciliacion, solo conduce ahora á la frialdad y á las negativas. Lo veo con dolor, mi querido marqués, y vos lo sentireis sin duda como yo; nos veriamos espuestos á todos esos inconvenientes; cada dia se multiplicarian mil faltas y yo seria tanto mas desgraciada cuanto que conociendo toda mi injusticia, ninguna esperanza tendria de poder repararla.

Asi en lugar de querer hacerme ilusion á mí misma y de engañaros, he creido mas digno de vos y de mí hablaros con franqueza. Cuando es una verdad ¿por qué no nos hemos de decir, *ya no os amo*, con tanta sinceridad como antes deciamos *yo os amo*? ¿Qué no hemos de hallar un término medio entre el amor y el odio? ¿Han de concluir siempre los amores en disputas, y en malos procederes? Para evitar estos inconvenientes he querido abriros mi corazon, que nunca supo fingir, del cual habeis sido único poseedor, mientras mi inclinacion hácia vos ha subsistido, y que se creeria indigno de haberos merecido si fuese capaz de engañaros. Quedemos, pues, amigos, y á vuestro regreso venid algunas veces á reir con la condesa y conmigo, de las locuras que nuestro corazon nos ha hecho cometer á todos tres, y convenid que mi conducta es consecuente á la opinion que siempre he tenido del amor.

CARTA ÚLTIMA.

M. DE SEVIGNÉ Á NINON DE LENCLÓS (1).

Sí, hermosa Ninon; desde que recibí vuestra carta, creo ciertos sentimientos y simpatías. Parecia imposible encontrarnos tan felizmente acordes como en esta crítica ocasion. Pero admirad mi sencillez: vacilaba yo en comunicaros un cambio que creí os causaria afliccion: porque no estoy demasiado al corriente en materia tan delicada; ¿no estaba yo persuadido, que, supuesto que mis obsequios os eran agradables, debia mas bien que desengañaros, dejaros gozar de una ilusion que tan lisongera os parecia? Vuestra carta acaba de patentizarme mi error. Pe-

(1) Entre las cartas de Ninon se ha encontrado el borrador de la respuesta que el Marqués dió á la última de aquella, y creemos que el público la leerá con gusto.

ro por otra parte, qué imprudencia la mia! No reflexionaba que hace ya seis meses que nos amábamos, que nuestros amores se han hecho públicos, y que estaba espuesto á la rechifla si en caridad no me lo hubiéseis advertido! Infaliblemente no hubiera faltado un atrevido que hubiese formado nuestro epitafio. Me estremezco aun al contemplar la desgracia que nos amenazaba.

Dejad de reprenderos vuestras faltas; ¿somos acaso responsables de las ilusiones que el corazon nos sugiere? ¡Con que teneis remordimientos en materia de amor!... En verdad que comienzo á creer que conservais aun algunas de las debilidades de vuestro sexo: Amar á uno durante seis meses, amarle á él solo, amarle con pasion, llevar la delicadeza hasta el estremo de no querer engañarle, hasta sentir haber dejado de amarle, qué mas se puede hacer? Lo peor para él es, si no ha sabido conservar el corazon que poseia. Bueno sería que una muger se castigase á sí misma, porque un hombre hubiese cesado de agradarla: seguramente que seria una cosa estraordinaria; ¿la fidelidad

es ahi una carga tan llevadera, cuando se trata de una ausencia de tres meses?... ¿Es facil evitar la idea de un suceso semejante, aun cuando uno de los amantes no tuviese en contra suya el fatal peso de la ancianidad?... ¿No bastaria aquella ausencia para resellar todas sus faltas?... Tres meses sin amar!... Cuando ya se conoce el amor en todo su valor, no es facil acostumbrarse á pasar los dias en contemplar un retrato, en estasiarse sobre una carta, ó en alimentarse de una quimera. ¿No es mucho mas cómodo arreglarse amistosamente, restituir á la sociedad un efecto que la era inútil por falta de circulacion, y devolverse recíprocamente la libertad, para pensar en formar nuevas cadenas? Yo sabia antes un precioso fracmento de comedia que convenia admirablemente á nuestro objeto; pero os dispenso la molestia de leer su relato para volver al estado actual de nuestros asuntos. ¿Está ya decidido que cesemos de amarnos y que no nos hemos de incomodar mútuamente? Me alegro mucho: pero me queda un escozor, que no os parecerá estraño en

un hombre que aprecia su reputacion.

No puedo persuadirme que me hayais dejado por sumo disgusto de mi persona, porque semejante conducta os perjudicaria mas que á mí, que sin envanecerme puedo esperar otra suerte; me parece mas justo creer, por vuestro honor y por el mio, que alguno otro me haya reemplazado... Pero ese otro ¿quien es? Me habreis hecho el agravio de darme un sucesor indigno de mí? Tendré el dolor de dar motivo á que digan *¿Qué, ese hombre cuya reputacion estaba tan bien sentada entre las mugeres, no ha podido sostenerse contra el escaso mérito de fulano? ¿Tan poca cosa ha bastado para suplantarle? Ninon le conocia á fondo y preciso es que sea del marques la culpa. ¿Seria infundada la opinion que hasta ahora ha merecido..?* Ya podeis conocer cuán tristes me serian semejantes burlas y no creo haberme hecho acreedor á que me trateis con tanta crueldad. En vuestra probidad queda depositada toda mi confianza: sí, he de confesarlo con franqueza, creo haber adivinado quién sea ese sucesor, y si me permitís un

momento de murmuracion, le aprovecharé para deciros, que generalmente las mugeres disimulais mas cuando mas sinceridad ostentais; porque si no habeis querido ocultarme la mitad de la verdad, convendreis en que despues de haberme manifestado vuestra indiferencia, debiérais haberme instruido de que os hallábais poseida de una nueva inclinacion. No sé si pecaré de indiscreto, pero no quiero ser franco á medias. Mi sucesor es un jóven amable, con el cual os he visto sostener magníficas discusiones sobre el amor. Ved cuán suspicaces somos los enamorados. Mil veces me ha asaltado á la imaginacion la idea de que podiais muy bien conocer el corazon humano en general, sin haber llegado á penetrar el vuestro.

He pensado muchas veces, y rio como un muchacho al acordarme, que cuando no existe un interés particular es muy raro encargarse de una educacion, que, sea de la clase que quiera, siempre cuesta cuidados y disgustos: y concluido el cargo, ¿no es muy natural el tratar de recoger el fruto de los trabajos que ha costado? Acaso se ha forma-

do un corazon al amor, sin aprovechar sus primicias? (1) Perdonad que trate de penetrar un misterio en el que verosimilmente no me hubiérais iniciado; pero convenid tambien que si he acertado, me he hecho acreedor á vuestra indulgencia, hayais ó no fijado la atencion de vuestros sentimientos hácia el jóven conde de... De todos modos os saco de apuros, pues que lejos de quejarme os felicito, y si ignorais lo que os pasa debeis estar reconocida de que os haya descubierto vuestro propio corazon y os haya hecho percibir los nuevos movimientos de una pasion, sin la cual no creeis posible ser feliz. Asi, hermosa Ninon, no me parece posible concluir con vos de un modo mas decente, ni mas generoso. Si todos los amantes nos imitasen, cuántos tormentos no se ahorrarian!

---

(1) Ninon en su carta I ya entrevió los peligros de tales negocios, en donde no hay mas que caprichos...

FIN DE LA OBRA.

ERRATAS

DEL TOMO PRIMERO.

Pág.	*Lin.*	*Dice.*	*Léase.*
75	5	Desgracia	Desgraciada
121	5	ascuas ;	armas ;
123	6	palpitante	palpable
150	4	trampantajo	trampantojo
159	5	los que los	las que las
164	19	sino	ó

DEL TOMO II.

8	18	ctiva,	activa,
77	18	inaccion,	inaniccion,
81	24	baladronadas	baladranas de
160	14	si á	si en
180	17	á	toda
196	7	su	este
197	11	despedirlos	despedirlas
201	14	haberla	haberle
204	22	mil	mis